BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

SECUESTRO DE UNA CIUDAD ESPACIAL

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



SECUESTRO DE UNA CIUDAD ESPACIAL

Título Original: *Secuestro De Una Ciudad Espacial*

Colección: La Conquista Del Espacio 372
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.72

CAPÍTULO I

La mayoría de los viajeros del *bus* espacial no prestaban atención a las imágenes que aparecían en la pantalla del salón de recreo. Casi todos tenían la vista fija en el colosal satélite que orbitaba en torno a la Tierra, con un movimiento apenas perceptible desde el cohete que había partido aquel mismo día del astropuerto. Sólo unos cuantos pasajeros estaban muy interesados en el documental que se exhibía en la pantalla y en el que se veía un extenso jardín, con una gran variedad de árboles, algunos de ellos de considerable altura, así como hierba en abundancia y flores de la mayor parte de las especies conocidas.

Una voz en *off* narraba las principales peculiaridades del lugar donde se hallaba situada aquella lujuriante selva:

—*…El asteroide, al que un hombre afortunado logró encontrar antes que nadie, posee singulares características… Un densísimo núcleo de una materia no del todo identificada, pero en la que el plomo y el níquel entran en altísima proporción, confieren al asteroide una gravedad incluso superior a la de Marte que, como es sabido, es de un tercio con respecto a la de la Tierra… El establecimiento del asteroide en una órbita alrededor de la Tierra, a poco más de dos millones de kilómetros, lo hizo particularmente receptivo a los benéficos rayos solares… Una rotación inteligente, un trabajo tesonero… convirtieron el asteroide en un lugar que sería enteramente habitable… si su propietario, según la ley espacial en vigor cuando se produjo el hallazgo, no hubiese decidido vivir solitario en ese cuerpo celeste, al que denominó Fisherwood… (la selva de Fisher), debido a la facilidad de crecimiento de los vegetales…*

»Ciertamente —continuó el invisible locutor—, Edgar Harriman Fisher ha permitido que comisiones de científicos se establecieran temporalmente en el satélite de su propiedad, pero nunca quiso dar permiso para que otras personas residieran allí permanentemente… Apoyado por la ley, prohibió

siempre… Algunos le llaman el solitario del espacio, aunque la frase no es rigurosamente cierta, ya que su esposa y su hija viven con él…

El armonioso tañido de una campana interrumpió la proyección del documental. Alguien habló a través de los micrófonos internos:

—*Señores pasajeros, estamos preparándonos para la llegada a Spaceville. Sírvanse ocupar sus puestos, para desembarcar en el momento en que se les avise. Gracias.*

Algernon Banffs se acercó a una de las lucernas y contempló el colosal satélite, que orbitaba a treinta y seis mil kilómetros de la Tierra. Una enorme construcción, en la que se habían invertido años enteros de trabajo y los más sofisticados sistemas para hacerlo completamente habitable y convertirlo en lo que era realmente: una ciudad del espacio.

La aproximación del cohete *bus* se hacía por instrumentos, a la perfección, con absoluta suavidad. Los pasajeros no tenían necesidad siquiera de utilizar sus cinturones de seguridad.

Banffs era un hombre alto, delgado, de mirada viva y pómulos salientes. Vestía como muchos: mono gris, con una cazadora por encima y, también como la mayoría, llevaba una ligera maleta de lona.

Dester Jadson estaba a su lado. Algo más bajo, tremendamente fornido, con el pelo muy corto, rizado como virutas de acero pavonado en negro, rodeando un cráneo de color de ébano. Aquellas manos podían doblar fácilmente una herradura.

Ray Littino viajaba en el asiento posterior. Menudo, cetrino, de ojos en perpetuo movimiento y una sonrisa fácil. Como Banffs y Jadson, llevaba una bolsa de lona.

Shirley Carmody estaba a su lado. Rubia, pelo lacio, cuerpo de formas apenas pronunciadas y grandes gafas de armadura negra. Su bolsa era idéntica a la de los otros tres.

Javitts McLean era de regular estatura y usaba barbita en punta. Las mujeres se sentían incómodas cuando él las miraba: daba la sensación de que tenía rayos X en los ojos y que podía ver sin dificultades a través de la ropa. También llevaba su correspondiente bolsa de lona gris azulada.

El *bus* espacial se acercó al paredón de acero que parecía flotando en el espacio. Era un muro vertical de trescientos metros de altura por ochocientos de ancho. Aquéllas eran dos de las dimensiones de Spaceville: la tercera alcanzaba la cifra de tres mil metros.

Una ciudad en el espacio, diez veces mayor que los mayores trasatlánticos construidos en el pasado por el hombre. A pesar de su

enorme masa, flotaba como una pluma en el vacío.

Abajo, la Tierra, azul, amarilla y blanca, resplandecía como una perla en la negrura del espacio.

* * *

El hombre alto, fornido, de pelo claro y ojos grises, se detuvo al verse frente a una esbelta muchacha, de cabellos muy negros y ojos como esmeraldas. Ella le vio y se paró también.

—O yo estoy viendo visiones, o esta preciosidad que tengo delante de mis ojos es Charity Fisher —exclamó el hombre.

—Si mi vista se halla en perfectas condiciones, ese repulsivo individuo que me ha parado es Hugo DeCart —contestó ella.

—Hemos acertado los dos —sonrió DeCart. Tomó a la muchacha por los hombros y la besó afectuosamente en las mejillas—. Esto es mejor que un apretón de manos.

—¿Le dices lo mismo a todas? —rio Charity.

—Según —contestó él—. Char —abrevió el hombre—. Estoy atónito de verte en la Tierra. ¿Tan mal te va en Fisherwood?

—Al contrario, Hugo; nos va tan bien, que he decidido venirme una temporada de compras. Las mujeres, ya sabes, tenemos debilidad por los vestidos, los perfumes, las chucherías… y algunos aparatitos domésticos, que también hacen falta allá arriba.

—¿Sigues soltera?

—Naturalmente. ¿Por qué lo preguntas?

—Entonces, no hay un esposo que se lleve las manos a la cabeza cuando empiece a recibir las facturas de su dilapidadora mujercita.

—Lo hará mi padre, descuida —rio ella.

—El buen Edgar —dijo DeCart—. ¿Está bien?

—Parece tu hermano mayor. En Fisherwood se vive maravillosamente. Mi madre está encantada, Hugo.

—No me extraña. Acabo de ver un reportaje filmado y aquel asteroide parece un paraíso.

—«Es» un paraíso y aún resultará más, cuando lleguen las aves que he encargado. Algunos flamencos, dos parejas de palomas, gallinas, unos cuantos pavos…

—Un par de perros y otra pareja de gatos.

—Sí, ésa es mi intención, Hugo.

—Char, has dicho que vas a permanecer una temporada en la Tierra.

—Así es —confirmó la muchacha.

—Entonces, no tienes demasiada prisa. Te invito a almorzar.

Ella le miró desconfiadamente.

—¿En tu «nidito» de soltero?

DeCart la agarró desenvueltamente por un brazo.

—A seis manzanas de aquí hay un restaurante que parece del siglo pasado, sirven comidas del siglo pasado…

—Pero cobran precios de este siglo.

—Hombre, de alguna forma tienen que ponerse a tono con los tiempos —rio DeCart.

A diez pasos de distancia, se movía una acera deslizante. DeCart y Charity pusieron los pies en el suelo móvil y se dejaron llevar.

* * *

El inspector de llegadas consultó la hoja que estaba en la plancha, sujeta con una pinza metálica y que sostenía con una mano.

—Algernon Banffs —dijo.

—Yo soy —contestó el aludido.

—Motivos de su viaje a Spaceville, turismo.

—Tengo ya habitación reservada en el hotel número cuatro.

—Muy bien, señor. ¿Algo que declarar?

—Ganas de descansar.

El inspector sonrió.

—Eso es algo que todos tenemos siempre, señor —dijo—. Si necesita un guía…

—Gracias. He estado varias veces en Spaceville y conozco el satélite. Es usted muy amable, inspector.

—Gracias a usted, señor. —El inspector leyó el siguiente nombre de su lista—: ¿Dester Jadson?

—Sí —contestó el hombre de color.

Banffs salió de la estación receptora y entró en una vasta avenida, en la que había dos cintas deslizantes, una de ida y otra de vuelta. Tomó la de ida y, al llegar al indicativo de la calle Cuarta, salió de la cinta y tomó una escalera mecánica descendente.

En la ciudad del espacio había la misma animación y movimiento que en una ciudad cualquiera del planeta. Banffs alcanzó el séptimo nivel, había diez en total, y tomó otra acera móvil. Al llegar a la

Transversal 7 — 6, pasó a una acera que se movía en sentido perpendicular a la anterior. Entre las aceras, había numerosos parterres con plantas, que aliviaban con su colorido la monotonía de las paredes de metal, pese a que la mayor parte estaban forradas de plástico de distintos tonos suaves, nada hirientes para la vista.

Momentos más tarde, entraba en la recepción del hotel número Cuatro.

—Llamaré a un botones… —dijo el recepcionista, tras comprobar la reserva de Banffs.

—No es necesario, muchas gracias. Sólo llevo esta bolsa; si necesitara ropa, ya compraría en la ciudad.

Tranquilamente, Banffs se encaminó hacia la escalera que conducía al primer piso. Algunas personas charlaban apaciblemente en el vestíbulo, adornado con palmeras y otras plantas de salón. Otros estaban en el bar, frente a un enorme ventanal, que proporcionaba una esplendorosa visión del planeta.

Banffs llegó a su habitación, cerró cuidadosamente con llave, lanzó la bolsa sobre la cama y se quitó la cazadora de finísimo cuero, forrada con una fidelísima copia de armiño blanco. Se asomó al baño y lo examinó rápidamente. También miró en el interior del armario.

Luego fue al ventanal circular, de metro y medio de diámetro, que permitía ver la Tierra. Un par de individuos, con trajes espaciales y propulsores individuales, cruzaron por delante de sus ojos, a veinte metros de distancia. «Personal de mantenimiento», pensó.

Había dos cortinas: unas blancas de muselina, y otras más espesas, de terciopelo rojo oscuro. En determinadas circunstancias, la luz reflejada de la Tierra podía hacerse insoportable.

Banffs corrió las cortinas de muselina; era suficiente para que algún operario de mantenimiento no pudiera ver desde el exterior. Luego se sentó en la cama, abrió la bolsa y sacó algo que estaba absolutamente prohibido en Spaceville: una pistola.

* * *

Charity tomó un sorbo de vino y miró a DeCart con ojos brillantes. Sus mejillas aparecían agradablemente sonrosadas.

—Tenías razón. Ha sido una comida del siglo pasado.

—Si llevas animales domésticos a Fisherwood, pronto podréis abandonar las conservas.

—Y comeremos pan candeal. El trigo estará listo para la siega dentro de un mes.

—¡También trigo! —se sorprendió DeCart.

—En Fisherwood se puede sembrar de todo. Al año que viene tendremos ya manzanas y naranjas. Los olivos tardarán más en dar fruto, claro…

DeCart se pasó una mano por los ojos.

—Esto parece un cuento de hadas… Realmente, tu padre fue muy afortunado al encontrar ese asteroide…

—El que no es obstinado, no suele ser afortunado —contestó Charity un tanto picada—. Mi padre lo había descubierto ya hacía muchísimos años y fueron muy pocos los que creyeron en él, ni siquiera cuando predijo que su órbita lo llevaba hasta el sistema solar y que la atracción de la Tierra acabaría por convertirlo en una segunda luna. Entonces había mucha más liberalidad que ahora y mi padre, cuando creyó llegado el momento, se aprovechó de la ley de Propiedades en el Espacio y solicitó la del asteroide. Recuerda la estampida del año dos mil cincuenta y tres, cuando todo el mundo se lanzó al cinturón de asteroides, para buscar oro y diamantes. Fue necesario promulgar esa ley.

—Lo recuerdo perfectamente, Char.

—Ahora hay leyes más restrictivas, pero ninguna de ellas ha abrogado los derechos de quienes habían conseguido una propiedad espacial antes de esa época. Todo lo contrario, sus derechos siguen en plena vigencia.

—El caso de tu padre.

—Fisherwood es tan nuestro como lo pudiera ser la casita que teníamos junto al lago —respondió Charity orgullosamente.

—Y tenéis el derecho de echar a tiros a todo el que pretenda invadir vuestra propiedad —rio él.

—No se ha dado ese caso, pero lo haríamos, si fuera necesario.

Charity consultó su reloj.

—Tengo hora para el modisto —dijo.

DeCart levantó la mano para llamar al camarero.

—Dime en qué hotel te alojas y pasaré esta noche para recogerte. Cenaremos juntos y asistiremos a una buena función de teatro. Una opereta cómica de lo más divertido que puedas imaginarte.

—¿No tienes trabajo, Hugo?

—He presentado la dimisión —respondió él.

CAPÍTULO II

Sentado ante los mandos del cohete de carga, *Boo-Boo* Tizzle contemplaba nerviosamente los cuerpos de los dos hombres que yacían en el piso de la cabina.

Era una lástima, pensó. Los dos pilotos no habían querido cooperar. Pero ¿qué culpa tenía él, si se había visto obligado a consumir dos cartuchos?

Había otra cosa, sin embargo, que le ponía más nervioso que los dos cadáveres.

El artefacto que estaba en lo más profundo de la bodega de carga… ¿Funcionaría tal como se lo habían dicho? Claro que, mientras no se enviase la señal de radio correspondiente, todo seguiría en orden. Pero, aún así, *Boo-Boo* no podía dejar de sentirse sumamente aprensivo.

Una luz centelleó en el cuadro de mandos. *Boo-Boo* tocó una palanca y dijo:

—Carguero Seis, acercándose a Spaceville.

—Control a Carguero Seis. Reduzca diez por ciento.

—Diez por ciento. Enterado.

—Oiga, usted no es Peter Kahn —exclamó de pronto el controlador.

—Habla el navegante Tizzle —anunció *Boo-Boo*—. Piloto y primer piloto han sufrido una grave intoxicación, y están fuera de operaciones. Puedo acercar la nave sin dificultad.

En el Centro de Control hubo un movimiento de sorpresa. El operador consultó con su jefe y éste dio una orden.

—Control a Carguero Seis. Precaución al máximo. Tenga dispuesta escotilla dos. Avisamos equipo médico.

—Enterado.

Boo-Boo sonrió. El gran paredón sur de Spaceville se hacía

enormemente grande. Pronto sabría si el chisme que llevaba en la bodega podía funcionar o no era más que un petardo de feria.

* * *

—De modo que has presentado la dimisión —dijo Charity a la hora de la cena.

Estaba encantadora, apreció DeCart. El vestido color rojo oscuro moldeaba a la perfección las formas de un cuerpo escultural. Aunque Charity había usado más de una vez vestidos con escotes audaces, y a veces, sin escote siquiera, ahora llevaba un traje cuya mayor elegancia estribaba en la discreción. No obstante, ella tenía una hermosa espalda y le gustaba lucirla.

En torno a la muñeca llevaba una valiosa pulsera de red de platino, con nudos de diamantes. Aparte del reloj, la única joya que llevaba.

—He presentado mi dimisión, pero no me la han aceptado todavía —contestó él.

—¿Por qué?

—Oh, supongo que por la rutina de la burocracia. Y también, modestia aparte, porque a mi jefe le fastidia que me marche.

—Pero tendrás algún motivo…

—La política, Char, la política. La Unión de Gobiernos del planeta, es todo menos unión. Y yo empiezo a estar cansado de un gobierno que me dé una orden, vaya a cumplirla, y otro gobierno no sólo no me dé autorización para cumplir esta orden, sino que la cancele.

—Sí, hay demasiados intereses creados en este planeta —convino Charity.

—Los gobiernos de la Unión se titulan continentales o supranacionales tanto da. Pero ellos dependen, a su vez, de los subgobiernos de lo que antaño eran naciones y ahora son regiones o distritos. El Gobierno de Europa bailará de una forma según sea la región inglesa o la francesa la que tenga más ministros en sus filas o deberá atender los votos españoles, italianos, turcos o qué sé yo… Y lo mismo pasa con el gobierno oriental y el mediooriental y el americano y el surpacífico… Cada cual va a lo suyo y no hay que darle vueltas, muchacha.

—Y te has cansado.

DeCart levantó el brazo y apoyó el pulgar sobre su cabeza, de modo que la mano quedase extendida hacia arriba.

—Estoy hasta aquí —dijo gráficamente.

—Pero perderás el empleo… y un buen sueldo.

—Puedo aguantar bien un año, sin dificultades. Después…

El camarero llegó en aquel momento, empujando un carrito con ruedas, en el que se veían dos platos en llamas.

—Las filetes flambeados, señor —dijo.

DeCart se frotó las manos de gusto.

—Char, ¿tomas precauciones para conservar tu línea? —preguntó alegremente.

—Cada vez que me siento a la mesa, me porto como si acabase de ser rescatada de una balsa en el mar, después de una semana en ayunas —contestó la muchacha.

* * *

Por medio del diminuto receptor, conectado en la onda correspondiente, Banffs escuchó la conversación entre el control y Carguero Seis. Consultó su reloj y luego puso la cazadora de piel sobre sus rodillas.

Hurgó unos momentos en la piel de imitación. Un tubo, apenas mayor que una pluma corriente, apareció a la vista.

Presionó el extremo inferior y dijo:

—Habla número Uno.

—Número Dos a la escucha —contestó Jadson.

—Atento número Tres —informó Littino.

—La Chica dispuesta —dijo Shirley.

—Número Cuatro listo —dijo McLean.

—El número Seis está a diez minutos del objetivo. Pueden empezar a actuar según el plan previsto. No cometan fallos.

Tres hombres y una mujer dieron el enterado. Banffs metió el transmisor en un bolsillo *ad hoc*, practicado entre el cuero y la piel del forro. El bolsillo estaba en la parte superior, hacia la izquierda, y se prolongaba por el interior del cuello, que quedó negligentemente levantado como si el dueño de la prenda necesitase protegerse el cogote de un frío inexistente. A continuación, abrió la bolsa de viaje nuevamente y sacó un bolso más pequeño, con correa, para colgarlo del hombro izquierdo.

La pistola y cuatro extraños objetos, en forma de bola, que no medirían más allá de tres centímetros de diámetro, fueron a parar al

bolso. Banffs puso también el transmisor con el que podía captar otra clase de emisiones y acto seguido, con paso resuelto, se encaminó hacia la puerta.

Un minuto después, Dester Jadson llamaba a una puerta. Alguien la abrió y le miró con recelo.

—No se puede pasar —dijo el hombre.

Jadson le enseñó la pistola.

—Yo sí —sonrió enseñando una doble hilera de dientes blanquísimos.

El hombre, amedrentado, retrocedió. Jadson avanzó hacia la estancia, que era el lugar desde donde se controlaban todas las comunicaciones de Spaceville.

—A partir de ahora, yo soy el dueño. ¿Está claro?

Había cuatro operadores, dos de los cuales eran mujeres. Una de ellas se desmayó al ver la pistola. Un hombre fue a atenderla, pero Jadson cortó su gesto en seco.

—Déjela, ya se repondrá —ordenó fríamente.

Ray Littino se hallaba en uno de los niveles inferiores. En la puerta, de acero blindado, se leía un rotulo: «GENERADORES DE GRAVEDAD. TERMINANTEMENTE PROHIBIDO EL PASO».

Littino llamó. Un hombre abrió y se encontró en el acto con una pistola bajo las narices.

—¿Qué… qué…?

Littino le empujó suavemente.

—Sepárese de la consola de mando —ordenó—. Vaya al fondo, ponga las dos manos en la pared y no vuelva la cabeza o se la haré estallar de un balazo.

El operario, aterrado, obedeció. Littino se acercó a la consola de control, examinó un instante las indicaciones y luego movió una llave.

La aguja de una de las esferas indicadoras señalaba la cifra ochenta. Inmediatamente, se situó en la cifra sesenta y ocho. El suelo trepidó ligeramente. Littino notó en el acto la pérdida de peso y sonrió satisfecho.

Con paso tranquilo, McLean había llegado hasta una puerta, en la que había un gran rótulo: SEGURIDAD. JEFATURA.

Empujó la puerta. Un hombre uniformado escribía algo en un papel y le miró inquisitivamente.

—Deseo hablar con el jefe Rosado —manifestó McLean.

—Un momento, señor…

El policía se levantó, entró en un despacho contiguo y volvió a salir a los pocos instantes, manteniendo la puerta abierta con la mano.

—Pase, señor.

—Gracias.

McLean entró en el despacho. Juan Rosado, jefe de seguridad de Spaceville, le miró con la sonrisa en los labios.

—¿En qué puedo servirle, señor…?

—El nombre no importa… —dijo McLean al mismo tiempo que sacaba su pistola—. Jefe Rosado, voy a darle una orden. Si se niega a cumplirla, disparare.

Rosado se quedó con la boca abierta.

—Pero…, pero…

Impasible, McLean señaló el videófono que había sobre su mesa.

—Haga una llamada general a todos sus agentes, por la frecuencia reservada —dijo—. Ordéneles que acudan inmediatamente al centro médico número dos y que dejen allí todas sus armas.

—No puedo hacer eso…

—¿Prefiere un tiro en medio de la frente?

Rosado miró al insólito visitante y vio que no había piedad en sus ojos.

—Está bien —cedió finalmente.

Shirley Carmody llegaba en aquel momento ante el bloque señalado con una cruz roja y el indicativo de Centro Médico Secundario n.° 2. En la práctica, era poco más que una farmacia, atendida por un interno y una enfermera. Sin embargo, disponía de un completísimo quirófano, dispuesto para ser utilizado en cualquier momento. Las autoridades médicas de Spaceville opinaban que, en determinados casos, un paciente podía ser mejor atendido si se le evitaban los inconvenientes de un traslado hasta el Hospital Central. El cirujano y su equipo podían hallarse en el CMS-2 en menos de cinco minutos.

Shirley entró en el despacho exterior, donde el interno galanteaba a la enfermera de turno. La enfermera se libró del acoso del joven médico y se levantó en el acto.

—¿En qué puedo servirla, señora? —preguntó, cortés.

Shirley abrió su bolso que llevaba pendiente del hombro y sacó una pistola. El médico y la enfermera se quedaron aterrados.

—Pasen al interior —ordenó Shirley fríamente.

Dos personas obedecieron sin vacilar. Shirley les condujo hasta el almacén de medicamentos, un cuarto sin otro hueco que la puerta, que permanecía ordinariamente abierta. Una vez que los tuvo en el interior, asió el pomo con la mano izquierda y sonrió burlonamente.

—Ahora podrán entregarse a las delicias del amor, sin temor a ser interrumpidos —dijo.

Cerró la puerta, dio dos vueltas a la llave y la guardó en el bolsillo. El médico golpeó la puerta con los puños.

—¡Abra, abra! ¡Podemos asfixiarnos…!

Pero Shirley Carmody no hizo el menor caso de aquellos gritos desesperados. Se acercó a la entrada y apagó las luces que iluminaban los rótulos exteriores. Luego encendió otro que decía: CERRADO. ACUDA AL CMS-6.

Consultó su reloj. Faltaban tres minutos para la hora acordada. Todo marchaba a la perfección, pensó, satisfecha.

El primer policía llegó treinta segundos más tarde y entregó su pistola, sosteniéndola por el cañón.

—Me han dicho que entregue el arma a la persona que estará en la puerta —manifestó.

—Yo soy esa persona. Pase al quirófano y espere —contestó Shirley.

—Pero no se puede entrar… Lo contaminaré…

—Ya lo aseptizarán más tarde… ¡Obedezca!

El hombre hizo rechinar sus dientes. Shirley tomó su pistola y la lanzó hacia el rincón opuesto. Otro policía llegaba ya por la acera deslizante, con la perplejidad retratada en el rostro. Era la orden más absurda que había recibido en los días de su vida, pero sabía que no podía dejar de cumplirla.

En el Carguero Seis, *Boo-Boo* manejaba delicadamente los controles, moviéndose a la velocidad de pocos centímetros por segundo. Delante de él, en el gran paredón de metal, empezaba a abrirse la esclusa que le permitiría el acceso al hangar de carga y descarga.

De pronto, *Boo-Boo* movió una palanca y la proa del carguero descendió un par de metros. El controlador, que seguía la maniobra por televisión, lanzó un aullido de cólera.

—¡Carguero Seis! ¿Se ha vuelto loco? ¡Proa arriba, proa arriba…!

—Yo sé lo que me hago, hermanito —contestó *Boo-Boo* sarcásticamente.

La proa bajó otros dos metros. Estaba a menos de diez del borde inferior de la compuerta. Los operarios que aguardaban en el hangar,

equipados con trajes de vacío, presintieron la catástrofe y escaparon despavoridos en busca de un refugio seguro.

Caminando con aire impasible, Banffs llegó ante la puerta de un «edificio», aunque en realidad, era más bien un conjunto de estancias, separadas de la avenida por un gran mamparo con aire de fachada ciudadana. Un ordenanza le preguntó qué deseaba y Banffs dijo que era muy amigo del alcalde y que iba a hacerle una visita de cortesía.

El ujier le dejó pasar. Como todo habitante de Spaceville, sabía que Wong Kao, el alcalde elegido para un período de dos años, era un tipo sumamente abierto y campechano, que había dado orden de que cualquiera que lo necesitase pudiese llegar a su despacho sin necesidad de solicitar audiencia previa. Wong Kao quería ganar votos para las próximas elecciones.

De todas formas, Banffs tuvo que expresar sus deseos a una secretaria. La chica se levantó y entró en el despacho del alcalde.

Mientras aguardaba la respuesta, consultó su reloj. Fallaban diez segundos.

En aquel instante, la proa del Carguero Seis se apoyaba sobre el borde inferior de la Esclusa Cuatro Sur. La secretaria salió del despacho de Kao y mantuvo abierta la puerta.

—Puede entrar, señor Banffs —dijo con graciosa sonrisa.

—Muy amable, señorita.

Banffs cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. Durante unos segundos, contempló al orondo individuo, de facciones orientales, que se había puesto en pie para recibirle.

—Es un placer, señor Banffs… —Pero la sonrisa de Kao se cortó súbitamente cuando vio que el visitante sacaba una pistola y le apuntaba con ella al pecho.

—Alcalde, tengo el placer de comunicarle que su ciudad, Spaceville, está secuestrada —dijo Banffs, sin que la expresión de su rostro se alterase un solo ápice.

CAPÍTULO III

Terminada la cena, Charity puso los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en las manos entrelazadas. Frente a él, DeCart movía ligeramente la copa balón que se calentaba en el hueco de su mano.

—Todavía conservas tus gustos —dijo ella, sonriendo.

—Pequeños placeres de la vida —respondió DeCart—. Pero normalmente soy un hombre muy morigerado.

—Salvo cuando unos ojos bonitos te miran de cierta manera.

—Entra en el apartado anterior —rio él.

—¿No has encontrado aún a la mujer ideal?

—Tengo miedo, Char.

—¿A qué? ¿A las ataduras definitivas?

—No, al fracaso.

—Puedes consultar con la psicocomputadora. Los porcentajes de error, al señalarte una pareja, son de uno por millón.

—No quiero que una máquina me señale la mujer que ha de vivir conmigo. Prefiero buscarla por mí mismo, cuando tenga ganas de encontrarla.

—Hugo, lo que te pasa es que temes un segundo fracaso.

DeCart dejó de sonreír y contempló con melancolía la copa que tenía en las manos.

—Tal vez la culpa fue mía —dijo a media voz.

—Ella sabía lo que eras cuando se casó contigo.

—No le di lo que se merecía. Yo debía haber buscado otro empleo…

—Pero te gustaba el que tienes.

—Era más joven. Tenía diez años menos y el mundo era mío. En esas condiciones, es decir, en un caso como el mío, un hombre no debe casarse. El matrimonio se hunde irremisiblemente.

—¿Cómo está ella? —preguntó Charity—. Hugo, si te molesta, no me respondas…

—Sigue igual —dijo él.

—¿No hay curación?

—No.

Hubo un instante de silencio.

—Creo que no debí haberte recordado cosas poco agradables —se disculpó Charity.

—Tarde o temprano, tenías que preguntarme por ella, no te preocupes. —DeCart sonrió—. ¿Has comido a gusto?

—Sí. Tú sabes encontrar los sitios donde se sirven comidas naturales, Hugo.

—De todas formas, la ternera era de granja y las verduras y las frutas de invernadero. Espero que en Fisherwood las gallinas sepan a lo que deben saber y que las frutas puedan comerse recién cogidas del árbol.

—Oh, pero todavía habrá más. Tenemos un pequeño riachuelo. Papá quiere criar truchas.

—Fantástico. Oye, explícame cómo es eso del riachuelo…

Charity consultó su reloj.

—Hugo, ¿no te parece que se va haciendo hora de ir al teatro? —le recordó—. Por cierto, aún no me has dicho qué función vamos a ver.

—Es una opereta de principios del siglo pasado, recién desempolvada y que, sorprendentemente, tiene un éxito fenomenal. La música es de un tal Lehar y el título de la obra es *La viuda alegre*.

DeCart apuró el contenido de su copa y agitó la mano para que acudiera el camarero con la nota.

* * *

La gruesa papada de Wong Kao tembló perceptiblemente. Banffs dijo:

—Si hace exactamente todo lo que le diga, no sucederá nada. En realidad, queremos evitar el derramamiento de sangre. Pero también debe saber que estamos dispuestos a todo. ¿Entendido?

—Pe… Pero, ¿cómo puede secuestrar una ciudad como ésta? Hay doscientos mil habitantes…

—Por el momento, no tienen por qué enterarse de lo que suceda. Alcalde, hable con su secretaria y ordénele que no le pase ninguna llamada ni visitas. Nadie debe molestarle.

La pistola se apoyó en la sudorosa sien de Kao. El alcalde transmitió la orden por el interfono.

—Entendido, señor alcalde —contestó la secretaria.

Kao miró a Banffs con ojos de carnero degollado.

—¿Y ahora?

—Aguarde un momento. —Banffs ladeó un poco la cabeza hacia su izquierda—. Número Uno pide informes —dijo.

—Número Cuatro en su puesto. Ocupada Jefatura Seguridad sin problemas —contestó McLean por un transmisor análogo al de Banffs. La longitud de onda permitía que los otros pudieran oír la conversación sin dificultad.

—Número Tres en los generadores —informó Littino, con la música de *Torna a Sorrento*.

—Número Dos, las comunicaciones son nuestras —dijo Jadson.

—Número Cinco, la proa del Carguero Seis en el punto asignado —declaró *Boo-Boo*.

—La Chica sigue recibiendo policías —informó Shirley.

—Recibidos todos —dijo Banffs—. Número Cuatro, habla con el jefe de Seguridad y pregúntale cuántos agentes hay de servicio y cuántos libres. Informa a la Chica. Eso es todo, por ahora.

—Enterado, número Uno —dijo McLean.

Banffs separó la cara del cuello de la cazadora. Kao le miraba con la boca estúpidamente abierta.

—Alcalde, ahora mismo va a pedir usted comunicación directa, por la vía de prioridad absoluta, con el presidente del Consejo Restringido de la Unión de Gobiernos de la Tierra —dijo—. Una vez haya conseguido la comunicación directa con Su Excelencia François Lettellier, le dirá que Spaceville está secuestrada y que podrá ser liberada del secuestro mediante un rescate de cien millones de neofrancos. El dinero se reunirá en la forma que le indicaré más adelante, pero, para su interés, le diré dos cosas. Primera, si la Unión de Gobiernos de la Tierra se negase a pagar el rescate, Spaceville se saldría de su órbita y se estrellaría contra el planeta. Segundo, si intentan reducimos por la fuerza, cada uno de nosotros tiene un transmisor, que puede emitir una señal de radio, mediante la cual haríamos detonar una bomba atómica, tipo Hiroshima. ¿Está claro?

Kao asintió torpemente. Todo aquello le parecía el sueño de un demente, pero la pistola era tan real…

Banffs sacó del bolsillo un papel doblado y lo puso delante del

aturdido Kao.

—Este es el texto exacto del mensaje que debe transmitir al presidente Lettellier —agregó.

* * *

Charity exhaló un suspiro de satisfacción y se puso en pie.

—Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con una cena —confesó.

—Siempre que quieras disfrutar otra vez, ya lo sabes, me avisas.

—No estaré ya mucho tiempo en la Tierra, Hugo —dijo Charity, mientras se encaminaban hacia la salida.

—Te vuelves a Fisherwood, ¿eh?

—En efecto. Y no creas, no echo de menos la Tierra tanto como podrías imaginarte.

—Si Fisherwood es tan hermoso como he visto en el reportaje, los que tenemos que envidiarte somos nosotros, los terrícolas —sonrió DeCart.

En el guardarropa entregaron la estola de piel de la muchacha. Luego se acercaron a la puerta. El portero abrió con una gran reverencia.

—¿Está muy lejos él teatro? —preguntó Charity, una vez ya en el exterior.

—Cuatro manzanas y hay acera móvil.

—Mejor ir a pie; conviene después de la cena.

—Como gustes, Char.

De pronto, Charity oyó un leve tintineo que provenía de la chaqueta de su acompañante. Extrañada, se volvió hacia él.

DeCart sacó de su bolsillo algo que parecía una caja de cerillas.

—¿Quién me llama? —preguntó desabridamente.

—El jefe, Hugo —contestó una voz bronca—. Ven aquí, Hugo. Te necesito inmediatamente.

—Jefe, le ruego tenga en cuenta dos cosas: estoy con una chica preciosa y tenemos dos entradas para el teatro. Segundo, he presentado mi dimisión.

—Hugo, tú también debes tener en cuenta dos cosas: primero, hay chicas preciosas como moscas. Segundo, no se te ha aceptado todavía la dimisión.

—Sólo me interesa la chica preciosa que tengo al lado y, en cuanto

al empleo, que se vaya al diablo —contestó DeCart malhumoradamente.

—Hugo, no me hagas enviar un pelotón de policías de la Sección Especial —exclamó el jefe—. Tienes que venir inmediatamente, ahora mismo, ¿me entiendes…? Para cualquier vehículo policial que te salga al paso; se ha emitido un aviso especial, por la onda ultra reservada, con tu fotografía. Los ocupantes de ese coche tienen orden de traerte a mi despacho con la máxima rapidez posible.

DeCart miró desolado a la muchacha.

—¿Comprendes lo que pasó hace años? —dijo.

Charity le miró con simpatía.

—Anda, obedece —aconsejó—. Dame una de las entradas; yo veré la función y te la contaré en otro momento.

—Eres muy comprensiva, Char —sonrió él.

La voz del jefe sonó atronadora por el diminuto altavoz del transmisor.

—¿Te has muerto, Hugo? ¿Por qué no me contestas?

—Eso quisiera yo, estar muerto —rezongó él—. Pero, por el amor de Dios, este aparato funciona en una onda indetectable. ¿Por qué no me cuenta lo que sucede?

—Spaceville ha sido secuestrada, Hugo.

DeCart quedó como si viera visiones. «Mi jefe se ha vuelto loco», fue lo primero que pensó.

Charity oyó también la respuesta y se puso una mano en la boca. De repente, DeCart divisó las luces de un helimóvil de patrulla, que se movía lentamente a cuatro o cinco metros del suelo.

—Adiós, Char —se despidió bruscamente—. Te llamaré en cuanto pueda.

—¡No te preocupes por mí! —gritó la muchacha.

DeCart agitó los brazos. El coche policial descendió inmediatamente. Uno de sus ocupantes miró al ciudadano que reclamaba su atención y luego fijó la vista en la fotografía que le había sido enviada por televisión.

—Usted es Hugo DeCart —dijo.

—Sí.

—Suba, tenemos orden de llevarle…

El helimóvil arrancó de inmediato. Mientras gobernaba el aparato con una mano, el piloto, a través del micrófono, dijo:

—Montaña Azul Cero Dos Cuatro Nueve. Hugo DeCart localizado. Lo

tenemos a bordo. Nos dirigimos al punto señalado. Cierro.

—Enterado, Montaña Azul Cero Dos Cuatro Nueve —dijo la voz del Control.

Reclinado en el asiento de atrás, DeCart encendió un cigarro. No podía creer en lo que le había dicho su jefe, Harold Monterrey.

Una ciudad en el espacio, con un volumen de casi mil millones de metros cúbicos y trescientas mil toneladas de peso, con doscientos mil habitantes… ¿podía ser secuestrada como si se tratase del hijo de algún ricachón? ¿Quién se había vuelto loco?

CAPÍTULO IV

Shirley Carmody se agachó y dejó algo en la puerta del quirófano, donde se apiñaban una veintena de hombres de uniforme.

—Esto es una bomba —dijo—. Explotará si abren la puerta. Pueden evitar daños, claro está, protegiéndose con la mesa de operaciones, algún armario o cosa por el estilo… pero hay otra adherida al cristal de la ventana del antequirófano. Y esa ventana da directamente al espacio, ¿han comprendido?

Shirley ya no dijo más. Dio media vuelta y abandonó la CMS-2.

En el armario de las medicinas, el médico, Peter Ulianov, golpeaba desesperadamente la puerta. El cubículo era muy amplio, pero tarde o temprano notarían la falta de oxígeno y él y la enfermera morirían de la forma más horrible que pudiera imaginarse.

Al salir, Shirley dijo:

—Centro Médico Secundario Número Dos, bloqueado.

—Está bien, Chica —contestó Banffs. Alguien tendría que oír la voz de Shirley. En consecuencia, le habían dado el nombre de Chica, en lugar de concederle un número, como a los demás.

A bordo del Carguero Seis, *Boo-Boo* miró aprensivamente hacia abajo. No le había gustado embarcar aquel chisme… pero la recompensa, pensó, valía el riesgo.

Los cuerpos de los dos tripulantes seguían en el mismo sitio. De pronto, usó el transmisor.

—Habla número Cinco —dijo.

—Adelante —contestó Banffs.

—He tenido dificultades para hacerme con el mando de la nave.

—¿Graves?

—Fatales.

—Oh… —Banffs reflexionó unos instantes—. Usa el expulsor de desperdicios, número Cinco.

—Está bien, número Uno. Oiga, ¿cómo va el asunto?

—Aguardamos la respuesta de la Tierra. Te informaré, número Cinco.

—Entendido.

Banffs llamó a Jadson.

—Número Dos, ¿cómo van las cosas por ahí? —preguntó.

—Bien. He hablado con el control de vuelos. Ya saben que no deben admitir cohetes ni permitir salidas.

—Entendido. ¿Estás solo, supongo?

—Sí, eché a la gente… Oiga, número Uno, tengo hambre…

—Aguanta un poco, ya solucionaré la cuestión de los alimentos.

—Gracias.

En la sala de control de generadores de gravedad, Littino tarareaba una *canzonetta*. El operador había sido expulsado ya. A Littino no le importaba. En realidad, había trabajado allí hasta hacía un año. Conocía los mecanismos como la palma de su mano.

McLean permanecía constantemente junto a Juan Rosado. Rosado continuaba inmóvil en su sillón.

—La gente se extrañará si no ve policías por las calles —dijo Rosado de pronto.

—Aquí se ven muy pocos policías —contestó McLean displicentemente.

En el Carguero Seis, *Boo-Boo* acababa de arrojar por un orificio abierto en el suelo, el cuerpo del primer piloto. Cerró la trampilla, consultó la luz verde de CERRADO y luego presionó una tecla.

El cadáver cayó a un departamento inferior, separado del superior por una tapa estanca. Una enorme hélice, de cuchillas con filos de navaja de afeitar, empezó a girar velocísimamente, a miles de revoluciones por minuto.

Los operarios de la Esclusa Cuatro Sur estaban frente a uno de los ventanales, contemplando el enorme cohete, que tenía su proa apoyada en el mamparo exterior. De pronto, vieron que salía un chorro de vapor por un orificio situado en la parte inferior del Carguero Seis.

Aquel chorro de vapor tenía un color rosa de inconfundible significado.

* * *

—Los secuestradores piden cien millones de neofrancos —dijo Monterrey, mientras aplicaba el fósforo encendido al cigarro que se le había apagado por enésima vez.

—Pues que se los den —gruñó DeCart—. El mundo no perderá tanto…

—Hugo, no seas tonto. El dinero es lo de menos…

—Sí, ya lo comprendo. Hay que salvar el prestigio.

—Y doscientas mil vidas humanas.

—Jefe, una ciudad espacial no se mueve como si fuese una canoa en el borde de un lago.

—Ellos lo han planeado todo muy inteligentemente —explicó Monterrey—. Fueron como turistas corrientes…

—¿Cómo pasaron las armas?

Monterrey elevó sus brazos al cielo.

—Tú pasarías un cañón de ciento cinco milímetros, si quisieras. Bastaría que metieses el tubo en la funda de un violón y nadie te preguntaría si llevabas una pieza de artillería o un instrumento músico. En Spaceville hace muchísimos años que no sucede nada. Allí no se usa el dinero absolutamente. La gente tiene sus propios transmisores, portátiles o en sus casas. Los portátiles, en una frecuencia especial, sólo para comunicaciones privadas, han eliminado los teléfonos públicos. Cuando una persona llama a alguien, nadie más que los dos pueden oír la conversación…

—Lo sé, jefe, lo sé… —dijo DeCart, armándose de paciencia.

—Los policías están más bien para ayudar a las mamás y sus niños que para detener delincuentes que no hay. Las reglas son muy estrictas; el que las quebranta, es expulsado de Spaceville sin derecho a ninguna reclamación. Todo el mundo tiene allí su tarjeta de crédito. Si tú quieres tomarte una copa, el barman marcará el precio en su máquina, meterá la tarjeta en la ranura y el importe será cargado en tu cuenta, así de sencillo.

—Hay otro personal…

—Los secuestradores han golpeado en los puntos clave. Uno está con el alcalde. Otro, retiene al jefe de Seguridad. Hay uno en el departamento de comunicaciones y otro, en fin, y de éste no sabemos en qué diablos consiste su papel, ha ocupado el cuarto de control de generadores de antigravedad.

—He contado cuatro, jefe. ¿Cuántos son en total?

—El navegante del Carguero Seis, que ha hecho que la proa de su nave quede pegada a cuatro metros por debajo del borde inferior de la Esclusa Cuatro Sur. Y una chica, que se ha ocupado de encerrar a los policías y que, parece es un miembro volante, para atender las emergencias.

—Bueno, en resumen, ¿cuál es la amenaza?

—Si no se paga el rescate, sacarán a Spaceville de su órbita y la lanzarán sobre el planeta. Si alguien quiere reducirlos por las bravas, harán explotar una bomba atómica, situada en la proa del Carguero Seis.

DeCart sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

—Una bomba atómica —exclamó—. Pero ¿cómo diablos la han conseguido?

—Dicen que está allí, aunque, claro, no tenemos ocasión de comprobarlo.

—Eso es un farol, jefe —rezongó DeCart.

El zumbador del videófono sonó, a la vez que se encendía una lamparita. El jefe presionó la tecla de contacto.

—Monterrey —dijo, sin quitarse el puro de los dientes.

—Jefe, informe de Spaceville —dijo una secretaria—. Los secuestradores han prohibido la llegada y partida de cohetes.

—Está bien, Nancy.

—Su Excelencia ha convocado reunión urgente del Consejo Restringido. El secretario ha dicho que le llamarían muy pronto.

—Gracias.

DeCart se reclinó en el sillón que había frente a Monterrey.

—Jefe, ¿se conocen los nombres de los secuestradores?

—Por ahora, no. No tenemos la menor idea de su identidad. Y, aun suponiendo que los supiéramos, podrían ser falsos… Ni siquiera sabemos qué cara tienen…

DeCart calló durante unos momentos. Luego, como obsesionado por una idea fija, murmuró:

—Una bomba atómica… Eso tiene que ser un farol a la fuerza.

* * *

—Alcalde, usted duda de que dispongamos de una bomba atómica, ¿no es cierto? —dijo Banffs.

Wong Kao se había rehecho ya notablemente.

—A decir verdad, sí. De momento, estamos bajo las amenazas de sus pistolas, pero no me creo en absoluto que haya una bomba atómica…

Banffs soltó una risita.

—Alcalde, llame al jefe de ingenieros. Se llama Joseph Vernon. Dígale que es muy urgente. Supongo que se imaginará los motivos de la llamada; algunos operadores han sido expulsados de sus puestos y habrán extendido la noticia, al menos, entre el personal de ser-vicio de Spaceville; les aconsejamos que callasen, para evitar el pánico…, pero no podemos controlar todas las bocas, naturalmente.

Kao asintió. Hizo la llamada.

Littino llamó también por la onda privada:

—Número Tres a número Uno. Tengo hambre.

—Por favor, número Tres. Aguarda unos minutos más. La Chica se ocupará en seguida de todo.

—Está bien.

Vernon, el jefe de ingenieros, vino diez minutos más tarde.

—El alcalde duda de que haya una bomba atómica —dijo Banffs, sonriendo casi por primera vez—. Señor Vernon, le autorizo a que vaya usted solo, equipado con un traje espacial y un contador Geiger, al Carguero Seis. Entrará por la escotilla número tres y el tripulante le acompañará al compartimiento de radares de proa. Allí podrá comprobar si lo que le digo es o no cierto. Incluso podrá ver los mecanismos de la bomba atómica.

Vernon tragó saliva.

—No tema —añadió Banffs—, unos minutos de exposición a las radiaciones de plutonio no le causarán ningún daño. En realidad, con unos segundos bastará. Pero… —enseñó el transmisor en forma de paquete de cigarrillos—, tenga en cuenta en todo momento que cualquiera de nosotros, si se ve en peligro o ve algo sospechoso, hará detonar la bomba, mediante una señal de radio, en una frecuencia que me reservo. ¿Está claro?

—Sí, señor —contestó el jefe de ingenieros.

—El tripulante recibirá instrucciones oportunamente. Cuando haya visto la bomba, el tripulante del Carguero Seis le dejará su transmisor para que se lo comunique al alcalde. Devuélvaselo inmediatamente, no ataque a ese hombre. En todo momento, estará como yo; con un dedo apoyado sobre el botón de contacto.

—Entendido.

Vernon salió.

—Chica, ¿dónde estás? —preguntó Banffs.

—En la cafetería doce, preparando comida para el número Tres. Pero hay un problema; no tengo tarjeta de crédito…

—Que te deje el *barman* la suya; también hace gasto en algunas ocasiones. Cuidado con los narcóticos.

—Está bien.

En el cuarto de medicamentos, el doctor Ulianov desesperado porque se daba cuenta de que el aire respirable podía agotarse rápidamente, maldijo a media voz, mientras buscaba desesperadamente por todas partes a fin de encontrar algún utensilio que le permitiese descerrajar la puerta.

De pronto, vio algo que le hizo lanzar un grito de alegría.

—¡Ya lo tengo!

Katy Shawn, la enfermera, le miró como si se hubiese vuelto loco. El doctor Ulianov bajó del estante la caja, herméticamente sellada, en la que había una indicación: ABRIR SOLAMENTE EN EL QUIROFANO

—Pero eso es un trépano… —dijo Katy.

—Cuando se hace una trepanación, es preciso emplear una broca para perforar el hueso —contesté Ulianov—. Bien, aquí tenemos una perforadora que nos permitirá abrir un agujero para que, al menos, pueda entrar un poco de aire.

Rompió los sellos de la caja. El metal era duro, pero la broca del trépano lo era todavía más.

* * *

—El presidente está aguardando a algunos de sus más conspicuos colaboradores, para dar principio a una reunión, al objeto de resolver este enojoso problema —dijo Monterrey.

DeCart miró rencorosamente a su jefe.

—¿Para qué me ha llamado usted? —preguntó.

—Es posible que deba enviarle a Spaceville… a resolver este enojoso asunto.

—Ya. Usted piensa que voy a subir allá arriba, cabalgando en un cohete, y atacar a los secuestradores, como si fuese un capitán de Caballería… «Aquí estoy yo. Todos presos», y se entregarán mansamente…

—Hugo, no te burles —chilló Monterrey—. Este caso ha de

resolverse a fuerza de astucia. No quiero que vayas a Spaceville y entres allí con un «Colt» en cada mano y disparando a diestro y siniestro. Quizá ni siquiera necesites hacer este viaje, pero te necesito a mi lado.

—¡Cuánta amabilidad! —se burló el joven.

Monterrey hizo caso omiso a la ironía. De pronto, DeCart chasqueó los dedos.

—Usted dijo antes que este asunto había de resolverse con astucia.

—Sí, Hugo.

—Bien, empecemos. —DeCart señaló el videófono—. Inserte un cartucho nuevo de cinta, para grabar lo que se diga y se vea con este cacharro. Y pida comunicación directa con el alcalde o el jefe Rosado. No creo que los secuestradores se nieguen.

—¿Y…?

—Tal vez veamos la cara de alguno de ellos a través de la pantalla. Desconocemos sus nombres e identidad, pero quizá podamos captar la imagen del rostro de uno de ellos. Así tendremos el primer escalón… para llegar a Spaceville.

—¡Buena idea! —aprobó Monterrey. Sacó la cinta usada del videófono y puso una nueva. Luego llamó por el interfono a su secretaria—. Señorita, consígame una comunicación con el alcalde o el jefe de Seguridad de Spaceville. Es urgente. Muy urgente —añadió.

—Sí, señor.

Frente a él, DeCart sacó un cigarrillo y lo encendió parsimoniosamente.

—Me pregunto para qué querrán esos tipos cien millones de neofrancos —dijo, como si hablara consigo mismo.

Monterrey saltó en su asiento.

—¡Para derrocharlos en francachelas, naturalmente! —barbotó.

CAPÍTULO V

Una vez en el interior del Carguero Seis, *Boo-Boo* enseñó alternativamente la pistola y el transmisor que sostenía con ambas manos.

—Ninguna jugarreta, ingeniero —advirtió.

Vernon se había quitado el casco del traje espacial.

—Sólo quiero saber si es cierto que hay una bomba atómica a bordo —contestó secamente.

—Venga conmigo.

Boo-Boo sonreía de una manera que dio muy mala espina al ingeniero. Atravesando pasillos y corredores de la inmensa nave, llegaron al departamento de proa. *Boo-Boo* señaló un cajón alargado, de unos ciento veinte centímetros de largo, por sesenta de alto y cuarenta de grueso. Una de las paredes del cajón era de cristal muy fuerte, completamente transparente.

Con un escalofrío de temor, Vernon contempló el singular mecanismo de la bomba, en el que destacaban dos semiesferas de un metal gris oscuro, separadas entre sí por unos sesenta centímetros. Había una serie de cables y circuitos, de apariencia muy complicada, pero que debían proporcionar un funcionamiento muy eficaz al artefacto, caso de que los forajidos considerasen necesario hacerlo detonar.

Un cartucho ordinario, de gran potencia, sin embargo, lanzaría una de las semiesferas contra la otra, a una velocidad que no bajaría de trescientos treinta metros por segundo. Entonces, el plutonio que componía las dos semiesferas, alcanzaría la masa crítica, el punto de fisión, y se produciría la explosión nuclear.

Vernon se preguntó de dónde habrían sacado aquellos desalmados la cantidad de plutonio necesaria para construir la bomba. Pero

¿importaba mucho ese detalle en semejantes circunstancias?

Arrodillándose, abrió el pequeño maletín donde llevaba el contador de radiactividad y lo hizo funcionar. La aguja indicadora osciló inmediatamente a la vez que se escuchaba un crepitar inconfundible.

Vernon asintió y cerró el maletín.

—¿Cómo puedo decirle al alcalde…?

Boo-Boo alargó el transmisor especial.

—Dígaselo desde aquí, pero no toque el aparatito… —indicó.

Vernon pegó los labios al transmisor.

—Alcalde, ¿me oye?

En el despacho, Banffs captó la llamada y acercó el cuello de su cazadora al rostro de Kao. La voz de Vernon saló nítida.

—Alcalde, es cierto. Hay una bomba atómica en el Carguero Seis.

Kao era budista, pero no pudo contener una exclamación que casi hizo sonreír a Banffs.

—¡Jesús!

—Número Cinco… —ordenó Banffs—. Vernon debe abandonar la nave inmediatamente.

—Enterado.

Una lamparita titiló de pronto en el despacho del alcalde. Kao presionó una tecla.

—Señor, llaman de la Tierra. Es el jefe Monterrey…

Kao consultó a Banffs con la mirada. Banffs asintió.

—Está bien, señorita, páseme la comunicación a mi descacho —dijo el primero.

La voz de Monterrey se dejó escuchar inmediatamente:

—Hola, alcalde —dijo con acento chancero—. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Per… perfectamente…

Banffs se acercó al videófono.

—Señor Monterrey, déjese de tonterías. Si quiere ver mi cara, aquí la tiene. Pero no olvide que estoy aguardando la respuesta a mi petición y que puedo empezar a ponerme nervioso. Cuando conozca esa respuesta, daré las instrucciones para que suban el dinero hasta aquí, ¿entendido?

—Sí —contestó Monterrey rígidamente.

—No quiero más llamadas hasta que sepa que están dispuestos a acceder a nuestra petición. Eso es todo.

Banffs cortó la comunicación. Abajo, en la Tierra, a treinta y seis mil

kilómetros de distancia, DeCart presionó una tecla y el cartucho de cinta fue expulsado de su alvéolo.

—Enviaremos esta cinta a identificación —dijo.

—Está bien. Cien millones —murmuró Monterrey—. Pero ¿dónde diablos piensan gastarlos?

La voz de la secretaria, que brotaba del interfono, interrumpió bruscamente sus amargas reflexiones.

—Señor, el presidente le llama —informó.

—Está bien, ahora iré. Hugo, enviaremos la cinta al pasar —dijo—. Tú estarás presente en la reunión.

—¡Cuánto honor! —dijo DeCart burlonamente.

* * *

La broca hizo su trabajo. De pronto, se oyó un chasquido. Ulianov tuvo la inspiración de asir el pomo interior y hacerlo girar.

La puerta se abrió. Katy lanzó un grito de alegría.

—¡Estamos libres!

Ulianov comprendió que la broca debía de haber actuado sobre alguno de los muelles de la cerradura, con lo que su encierro podía darse por terminado. Entonces, al salir del antequirófano, vio una puerta, parcialmente acristalada, al otro lado de la cual le miraban varios rostros ansiosamente.

—¡Demonios! ¿Qué hacen ahí esos tontos policías? —exclamó.

Ulianov corrió hacia la puerta del quirófano. Los policías le hicieron señas desesperadas de que no abriese, pero él no supo entender las señas y presionó el botón que accionaba el mando de apertura.

La puerta empezó a deslizarse a un lado. Ulianov oyó varios gritos desesperados:

—¡No, no…!

Pero inmediatamente, y con un intervalo de menos de una décima de segundo, se produjeron las dos explosiones.

Ulianov fue despedazado por la bomba que estalló bajo sus pies. La segunda bomba pulverizó el cristal de la lucerna exterior.

Se oyó un ruido espantoso, como el bramido de amenaza de una fiera gigantesca. Katy chilló espeluznada al sentirse arrastrada por el aire que escapaba rugientemente hacia el espacio. Pero sus gritos cesaron casi en el acto, al morir por descompresión.

Dos o tres policías corrieron la misma suerte. Al bajar la presión, los

mecanismos de seguridad actuaron instantáneamente y la puerta del CMS-2 se cerró en el acto, evitando así pérdidas mayores de aire. Al mismo tiempo, sonaban los timbres de alarma, que indicaban una perforación de cierta importancia en el casco externo de la nave espacial.

Los demás murieron pocos segundos más tarde, cuando el recinto quedó sin atmósfera. El frío espacial penetró y todos los que no habían sido arrastrados por la poderosa corriente de aire, causada por la explosión, quedaron retorcidos en horribles posturas, congelados a doscientos setenta y tres grados bajo cero.

Los timbres sonaron también en el despacho del jefe de Seguridad. Una luz marcó instantáneamente el lugar donde se había producido la pérdida de presión.

—¿Qué ha sido eso, número Cuatro…? —preguntó Banffs.

—Las bombas del CMS-2 han explotado —respondió McLean—. Algún idiota no quiso obedecer nuestras instrucciones. Sin duda, creyó que bromeábamos.

Banffs miró duramente al alcalde.

—Veinte hombres han muerto —dijo—. ¿Se da cuenta de que estamos dispuestos a todo?

Kao volvió a sudar.

En su despacho. Rosado miró con furia al hombre que le encañonaba con la pistola.

—Pagarán por esta matanza —aseguró torvamente. Por toda respuesta, McLean se echó a reír.

* * *

La noticia llegó a Monterrey cuando acudían a la sala de reuniones. Estuvo a punto de gritar como un loco, pero logró contenerse.

La sala de reuniones era una olla de grillos. Sin el menor respeto para la autoridad del presidente, las cinco o seis personas que habían allí, hablaban y gritaban y, a veces, se insultaban atrozmente. DeCart contempló con pena el espectáculo.

«Y éstos son los que nos gobiernan», pensó.

La presencia de los dos recién llegados pareció tranquilizar un tanto a los reunidos.

—Caballeros, aquí tenemos al jefe Monterrey, con uno de sus mejores ayudantes —dijo Lettellier—. Jefe Monterrey, ¿tiene algo que

decirnos?

—Spaceville está secuestrada y no es una broma… —contestó el interpelado ceñudamente—. Acaban de morir veinte policías, un médico y una enfermera.

Lettellier se tapó la cara con las manos.

—¡Dios mío! —murmuró.

—Pero ¿cómo es posible que seis malhechores puedan haberse apoderado de una ciudad poblada por doscientas mil personas? —gritó Sandra Dahvi, secretaria del Tesoro, una dama de alrededor de cuarenta años, todavía muy atractiva, pero con un genio de todos los demonios.

—Eso es lo de menos, señora —dijo Bolthack, secretario general de Seguridad—. Lo han conseguido… y no nos queda otro remedio que acceder a sus pretensiones.

—Pero ¿es que no hay medio de reducir a esos criminales? —preguntó Ngombwo, secretario de Energía—. Han tomado todos los puntos vitales…

—Precisamente por eso mismo, señor… —intervino Monterrey—. Han elegido los puntos críticos, por medio de los cuales tienen acogotada a la ciudad.

—Se podía suspender el aflujo de energía…

—Spaceville es completamente autónoma. Y, por mucho que nos duelan los cien millones, las vidas de doscientas mil personas valen mucho más.

—Yo siempre dije que Spaceville era un inmenso error —refunfuñó el mexicano Rodríguez, secretario de Recursos Vitales—. Algunos políticos, para ganar votos, se gastaron allí miles y miles de millones… Con el dinero empleado en Spaceville, podría haberse construido una ciudad cupular en la luna, de cientos de kilómetros cuadrados de extensión, con campos cultivables…

—Spaceville está construida ya y allí hay doscientas mil personas que merecen nuestra atención —cortó el presidente—. La duda estriba ahora en dar o no dar los cien millones que piden los secuestradores.

—Pero ¿es cierto que tienen una bomba atómica? —preguntó la señora Dahvi.

—Sí. El jefe de Ingenieros, Vernon, la ha visto con sus propios ojos. Está en la proa del Carguero Seis, a menos de dos metros de la pared Sur de Spaceville.

La señora Dahvi se tapó el rostro con las manos.

—Dios mío…

—Cien millones en billetes son unos cuantos billetes —dijo Rodríguez.

—Caballeros, lo que interesa ahora es saber si decimos sí o no a los secuestradores. Y creo que no tenemos otro remedio que contestar afirmativamente a sus peticiones —intervino nuevamente el presidente.

—Pero ¿qué harán después con tanto dinero? —exclamó Ngombwo —. ¿Dónde lo gastarán? ¿Adónde pueden ir, si no es a la Tierra o, como máximo, a la Luna o Marte?

—No lo sé, ni me interesa —dijo Lettellier de mal humor—. Cuando digamos sí, ellos nos darán el resto de las instrucciones para la entrega del dinero. Tal vez, entonces, podamos reducirlos por medio de una acción rápida y osada. Pero, mientras se reúne la suma exigida, dispondremos de un espacio de tiempo durante el cual podremos establecer un plan de contraataque.

—Hay algo que me preocupa extraordinariamente… —dijo Dimitri Kastoff, secretario de Astronáutica—. Dicen que pueden sacar Spaceville de su órbita y lanzarla sobre la Tierra. ¿Cómo van a conseguir mover esa masa de cientos de miles de toneladas?

—¿No le parece esa cuestión secundaria?

—Señor presidente, es más importante de lo que parece —protestó Kastoff—. Spaceville no es una máquina cualquiera que pueda llevar en sus manos un operario, con traje espacial y propulsor individual.

—Han reducido la gravedad artificial en un diez por ciento —intervino Monterrey—. Tal vez eso diga algo al secretario de Astronáutica.

—Sí, es muy extraño —convino el aludido.

Lettellier hizo un gesto de impaciencia.

—Por favor, no discutamos sobre el sexo de los ángeles —dijo de mal humor—. ¿Se paga el rescate, sí o no?

Seis voces desmayadas contestaron sí. Lettellier tocó un botón de un interfono que tenía sobre su mesa y llamó a su secretario privado.

—Martín, póngase en contacto con Spaceville —ordenó—. Diga que estamos dispuestos a pagar el rescate y que aguardamos las instrucciones para su envío.

—Sí, señor.

CAPÍTULO VI

El mensaje se recibió en el despacho del alcalde y los ojos de Banffs chispearon de alegría.

—Número Uno a todos: aceptada la petición.

Sonaron varios gritos de alegría, que llegaron al transmisor de Banffs.

—¡Bravo, jefe!

—Dijo que lo conseguiría y va tenemos la «pasta»…

—¡Te quiero, número Uno! —dijo Chica.

—Bueno, bueno, calma, muchachos… —aconsejó Banffs—. Seguid en vuestros puestos. Os llamaré pronto para daros más noticias.

Alargó una mano y tocó una tecla.

—¿Despacho del jefe Rosado?

—Sí, yo mismo —contestó el aludido.

—Oiga, soy el número Uno. Envíe un mensaje por todos los altavoces a los habitantes de Spaceville. Diga que se ha producido un accidente, con algunas víctimas, pero que todo está en orden y la vida debe continuar normalmente.

—Verán que faltan agentes por las calles…

—Haga salir al turno que debiera haber relevado a los que apresamos anteriormente. Sus pistolas deben estar en las fundas, pero descargadas. No olvide que disponemos de una bomba atómica y que cualquiera de nosotros puede hacerla detonar. El ingeniero Vernon lo ha comprobado, la ha visto con sus propios ojos y sabe que no es una mentira. ¿Entendido?

—Sí.

—Está bien, haga todo lo que le digo. Spaceville debe continuar su vida normal. No alarme a la gente, no provoque el pánico… ¡o todos

iremos al diablo!

Rosado apretó los dientes. ¿Qué podía hacer, sino obedecer?, se dijo devorado por la rabia, pero resignado a lo inevitable.

Sentado en un ángulo de la mesa, McLean le miraba con una sonrisita de burla en los labios.

A continuación, Banffs señaló el videófono:

—Alcalde, pida comunicación directa con el presidente Lettellier.

Kao obedeció. A los pocos segundos, el rostro de Lettellier, severo, pero digno, apareció en la pantalla.

—Habla el presidente de la Unión de Gobiern…

—Le conozco, Excelencia —cortó Banffs—. Como supongo que estará grabando esta conversación, no repetiré las instrucciones. El dinero debe ser reunido en billetes de a cien y en fajos de mil billetes. Una vez lo tengan dispuesto, lo llevarán a un cohete privado, de nombre *Emily*, matrícula TSU 40-VI-19, estacionado en el astropuerto número dos. El cohete debe de ir tripulado por su propietario, pero solamente por éste, y a él le entregarán el dinero. ¿Entendido?

—Sí. Continúe…

—Una vez que el dueño del cohete tenga el dinero en su poder, ascenderá inmediatamente, hasta situarse en el lado Sur frente a la esclusa número tres. Encontrarán al dueño de este cohete en el *Metropole* habitación dos seis seis.

—Muy bien, pero reunir el dinero costará alrededor de cuatro horas…

—Una hora para llevarlo al astropuerto y seis más para llegar hasta aquí. En total, once horas a partir de este instante. Ni un segundo más o Spaceville saltará hecha pedazos.

—Tendrán el dinero —refunfuñó Lettellier—. Pero aún no me ha dicho el nombre del dueño del cohete…

—Ya le he dado suficientes datos para localizarlo. Eso es todo. Adiós.

* * *

Edgar Harriman Fisher estaba tomando unas muestras de tierra en uno de los extremos del asteroide, cuando, de pronto, oyó un leve crujido a poca distancia.

Edgar alzó los ojos. A unos cuarenta metros, se había abierto una ligera grieta en el suelo. Con paso receloso, se acercó a aquel lugar.

Estaba en el asteroide de su propiedad, que medía unos ciento treinta y cinco kilómetros de largo por sesenta de ancho, cerca del extremo Noroeste. El asteroide, pese a sus dimensiones colosales, tenía la forma aproximada de un gigantesco ladrillo, aunque, naturalmente, de contornos muy irregulares. Su grueso máximo en el centro, era de unos cuarenta y cinco kilómetros.

Hacia los extremos se adelgazaba bastante, sin embargo, Fisher se hallaba en aquellos instantes cerca de la punta Noroeste. Era una especie de pico tumbado, de unos mil metros de largo, por seiscientos de ancho y trescientos cincuenta de grueso.

La atmósfera era tan perfectamente respirable como en cualquier otro lugar del asteroide. El núcleo interior del pico era rocoso, pero la superficie estaba formada por una tierra que Fisher estimaba muy valiosa para el cultivo. Si los análisis que pensaba realizar daban resultados positivos, empezaría a transportar parte de aquella tierra a sus campos de labor.

La grieta tendría apenas cincuenta centímetros de ancho por diez o doce metros de largo. Fisher sabía que, en ocasiones, se producían levísimos movimientos sísmicos, debido a las tensiones interiores de la masa del asteroide. Pero los instrumentos detectores con que contaba no habían dado señales jamás de que el enorme pedrusco fuese a partirse en pedazos.

Aquella grieta, por otra parte, no era la primera que veía, aunque tampoco era una cosa que se produjese con frecuencia. Despreocupado del incidente volvió a su sitio, cargó los saquetes llenos con las muestras de tierra en su aeromóvil y regresó a la granja en que residía, situada a unos ochenta kilómetros de aquel lugar.

Su esposa, de agradable presencia todavía, salió a recibirle.

—¿Todo bien, Edgar? —preguntó.

Fisher saltó del vehículo, se acercó a su esposa y la besó afectuosamente en una mejilla.

—Todo bien —contestó—. ¿Hay noticias de Charity?

—Las que supimos ayer —respondió la señora Fisher.

—Es una chica que sabe desenvolverse —sonrió el hombre—. Voy a lavarme las manos.

—El almuerzo estará dentro de diez minutos, querido.

—No faltaré —rio Fisher—. Tengo el apetito de un diablo.

Pero en lugar de ir al lavabo, Fisher fue al pequeño laboratorio que tenía montado en uno de los departamentos de la casa. Una vez allí,

comprobó todos los instrumentos. El indicador de gravedad permanecía inalterable. Tocó una tecla y se encendió una luz verde. De haberse producido alteraciones en la gravedad del asteroide, habrían sido registradas en una gráfica, cuya cinta se hubiese desenrollado a renglón seguido.

El indicador de tensión estructural dio unos informes normales. El detector de masa permanecía asimismo invariable. Fisher respiró aliviado.

Delante de él había una ventana. Fisher contempló orgulloso el paisaje de «su» asteroide. En diez años, las especies vegetales traídas de la Tierra se habían desarrollado prodigiosamente.

Los pinos y abetos medían ya diez y más metros de altura. A doscientos metros de la casa, corría un arroyo, que llegaba de la colina cercana, saltando entre las peñas. En los trozos más llanos, crecían chopos y álamos. Un poco más allá, se divisaba un extenso prado verde. El trigo amarillearía pronto. Sería la primera cosecha recogida en Fisherwood.

Fisher sonrió.

Charity traería un pequeño molino para el trigo. Tendrían harina y habría un horno para cocer el pan… como en los viejos y buenos tiempos que él conocía gracias a los relatos de la abuelita. Bastante más lejos, se veían otros prados de hierba. Pronto llegaría la primera pareja de ovejas.

De pronto, Fisher se preguntó si hacía bien al forzar a que Charity se consumiera solitaria en el asteroide. Ella decía encontrarse muy a gusto en Fisherwood… pero ¿era que nunca iba a encontrar un hombre para su vida?

Cuando Charity volviese de la Tierra, hablaría del asunto con ella.

* * *

—Cien millones en billetes son muchos billetes —dijo desmayadamente la señora Dahvi.

—Les daremos el dinero, aunque no tienen dónde gastarlo. Tanto daría que les diésemos cromos de colección —masculló el presidente.

—Han pedido el dinero en billetes pequeños. Con once horas no tendremos tiempo…

—Señora, hay máquinas que cuentan, verifican y apilan los billetes en los fajos de la cantidad que se deseen —contestó. Lettellier

malhumoradamente. La señora Dahvi podía ser guapa, pero resultaba una nulidad en algunos aspectos. Si no hubiera sido por la maldita política… «Por la política estamos todos aquí», pensó, sintiendo que se activaban sus jugos gástricos.

Agarró un vaso de agua y tomó una pastilla antiácido.

—El dinero tiene que entregarse en billetes de cien —replicó Rodríguez, meditabundo.

—Un millón de billetes de a cien —dijo Kastoff, que era un genio en los cálculos mentales—. Cada billete pesa una décima de gramo, de modo que diez billetes son un gramo. El peso total del rescate alcanzará los cien kilos…

—Olvida usted una cosa —corrigió la señora Dahvi—. Los billetes de cien son de una emisión nueva, en la que se incluye una trama de hilos de oro, que convierte a esos billetes en una especie de moneda rectangular.

Kastoff quedó boquiabierto.

—No lo sabía…

—Cada billete pesa un gramo exactamente. La décima parte es papel especial y el resto es la trama del tejido de oro. Por tanto, un millón de billetes son…

—Un millón de gramos.

—Mil kilos…

—Sí.

Kastoff se pasó una mano por la frente.

—Una tonelada de dinero —dijo desmadejadamente.

—O, lo que es igual, novecientos kilos de oro.

Hubo un instante de silencio. Luego Lettellier se volvió hacia Monterrey.

—Jefe, empiece a actuar. Nosotros nos pondremos inmediatamente en contacto con el Banco Mundial. Usted tiene que ocuparse del huésped del *Metropole*, habitación doscientos sesenta y seis y propietario de ese cohete que ha de llevar el rescate.

—Sí, señor.

—Otra cosa: queremos saber también detalles del jefe de los secuestradores.

—La computadora está en ello, señor presidente… —respondió Monterrey—. Una vez haya sido identificado, los ordenadores empezarán a explorar su vida y milagros. Con un margen de error

pequeñísimo, podremos conocer también los nombres de sus cómplices.

—Eso nos interesa muy poco —dijo Ngombwo—. Son seis locos y, se llamen Juan, Pedro o José, lo importante es apresarlos.

—Importa todavía más evitar el menor daño a Spaceville —exclamó Lettellier—. Señor Monterrey, al trabajo.

—Sí, Excelencia.

DeCart siguió a su jefe. Una vez fuera de la sala, Monterrey se volvió hacia su subordinado.

—Hugo, ve al *Metropole* —ordenó—. Yo me quedo en mi despacho, aguardando los informes de la computadora.

—Está bien.

Monterrey consultó su reloj.

—Son las doce de la noche y tenemos diez horas y cuarenta y un minuto de plazo —dijo—. Hugo, sé persuasivo con el dueño del cohete.

—Haré lo que pueda.

—Yo averiguaré desde mi despacho el nombre de ese individuo. Si está en combinación con los secuestradores, lo va a lamentar.

—Jefe, ¿puedo decirle una cosa? —consultó DeCart.

—Sí, claro.

—Personalmente, creo que el dueño del cohete no tiene nada que ver con este asunto.

—Pero, hombre…

—Déjeme seguir, jefe. Es indudable que el secuestro ha exigido meses de estudio y planificación, a fin de llevarlo a la práctica sin el menor fallo. Un cohete particular es siempre una nave más veloz que las de pasajeros o las de carga. Hay muchas personas que tienen sus cohetes para negocios privados… y que hacen viajes con toda regularidad. Simplemente, han elegido una víctima, que no está enterada de lo que ocurre y que tiene una nave magnífica, en magníficas condiciones.

—Es posible que sea así —murmuró Monterrey pensativamente—. Sí, tal vez un cómplice en la Tierra podría comprometerlos…

—Todo el grupo está allá arriba, concentrados sus miembros en la operación. Han calculado el momento en que el cohete *Emily* debe estar listo y sabiéndolo, exigen que su dueño lo lleve a Spaceville.

—Sí, seguramente.

El transmisor que Monterrey llevaba sobre el uniforme emitió un suave tintineo de llamada. Monterrey dio el contacto.

—Jefe, si está con usted el señor DeCart, debe ponerse a la escucha.

Monterrey alargó el transmisor a su acompañante.

—Para ti, Hugo —dijo.

—DeCart —exclamó el joven—. ¿Qué pasa?

—Señor DeCart, lamentamos tener que informarle que su esposa se ha escapado del hospital psiquiátrico en que se hallaba internada y que desconocemos por completo su paradero.

CAPÍTULO VII

El jefe Rosado alzó los ojos para mirar al hombre que tenía a su lado, vigilándole constantemente.

—Necesito ir al lavabo —dijo.

—Cuidado —advirtió McLean.

—¿Sabe lo que le pasa a un hombre cuando está nervioso? —rezongó el jefe de Seguridad.

McLean se echó a reír.

—Sí, orina con frecuencia. Ande, hombre, vaya…, pero no me gaste ninguna jugarreta.

—Descuide. Pienso en las personas que están a mi cuidado.

Rosado abandonó el despacho y entró en el lavabo. Cerró la puerta y se acercó a un conducto de ventilación.

—Jefe —susurró alguien.

—¿Morris?

—Sí. ¿Ha visto mi seña cuando hablé con la secretaria?

—Desde luego.

—Me alegro de que haya comprendido —dijo Irving Morris, sargento de Seguridad—. Escuche, tengo un plan.

—Tiene que ser bueno o volaremos todos en pedazos —refunfuñó Rosado—. No hay broma en lo de la bomba atómica. ¿Sabe usted lo que pasaría si llegase a explotar?

—Me dan escalofríos…

—Esa explosión no sería como la de las bombas en el CMS-2. Son veinte mil toneladas de TNT, recuérdelo. Las esclusas del lado Sur saltarían como si fuesen de papel. Parte de la onda, primero una bola de fuego de muchísimos millones de grados, irrumpiría varios centenares de metros en la ciudad, destrozando todos los mamparos y pavimentos.

Posiblemente, a la mitad, los mamparos y pavimentos detendrían la mayor parte de la onda de choque, pero todos los mecanismos de seguridad quedarían inutilizados y el aire que quedase, al escapar al vacío en una especie de reflujo de la marea, arrasaría con todo… Bueno —Rosado se pasó una mano por la cara—, no quiero seguir más porque me pongo frenético… ¿Cuál es el plan, Morris?

—Señor, ha sido idea de la agente Luisa Bigelow. Es parecidísima a la secuestradora. La ha visto una vez y dice que puede conseguir ropas iguales a las suyas.

—Creo que voy comprendiendo —murmuró Rosado.

—La agente Bigelow podría acercarse a la secuestradora y desarmarla. Es experta en judo y la inutilizaría rápidamente, sin darle tiempo a utilizar el transmisor de radio que enviaría la señal a la bomba. Luego, se acercaría sucesivamente a los otros secuestradores…

Rosado consideró el plan.

—Podría ser, en efecto —murmuró—. Es muy arriesgado, pero…

—Señor, no podemos estar aquí mano sobre mano. Han muerto veinte de los nuestros, más el doctor Ulianov y la enfermera Shawn. Personalmente, creo que el plan de la agente Bigelow puede tener éxito.

—De acuerdo —accedió Rosado finalmente—. Dígale a la agente Bigelow que empiece a actuar, pero que, sobre todo, piense en la maldita bomba. ¿Estamos?

—Luisa no fallará, señor —aseguró Morris.

Rosado abandonó el lavabo, con las manos ligeramente húmedas. Tenía sobre la mesa una caja de pañuelos de papel y tomó uno, para acabar de secarse ostensiblemente.

—Gracias, amigo —dijo.

MacLean hizo un gesto con la mano libre.

—No se merecen —contestó, burlón.

* * *

Terriblemente preocupado, Hugo DeCart cruzó la entrada del hotel *Metropole*, mientras pensaba en su esposa, fugada del centro psiquiátrico donde estaba internada hacía años.

A veces, DeCart se reprochaba la enfermedad de su mujer. Hasta creía que era culpable de lo que le había sucedido, por abandonarla con tanta frecuencia, debido a un trabajo que le gustaba apasionadamente. De todos modos, el matrimonio había sido un error.

Ella era demasiado absorbente, terriblemente egoísta, quería tenerle constantemente a su lado. En más de una ocasión, DeCart había llegado a pensar que, si se hubiese quedado en una oficina, con un horario regular, su esposa se habría pasado llamándole la mayor parte del tiempo dedicado al trabajo o haciéndole acudir a casa con cualquier pretexto.

Al final, había sobrevenido la ruptura, lo que había dado con la señora DeCart en, diciéndolo vulgarmente, un manicomio. Allí llevaba ya varios años, incurable, al decir de los médicos, pero, de repente, había salido del estado semicatatónico en que yacía postrada y se había fugado.

¿Dónde estaría? ¿Adónde habría ido?

Era el problema personal de una sola persona. Allá arriba, en el espacio, a treinta y seis mil kilómetros, había doscientos mil problemas personales.

Dejó sus amargos pensamientos a un lado cuando se acercaba a la recepción.

—Dispense —sonrió—. Deseo hablar con la persona que ocupa la habitación dos seis seis.

Las cejas del recepcionista de noche se arquearon.

—El señor se refiere, sin duda, a la señorita Fisher.

DeCart dio un respingo.

—¿Fisher? —repitió—. ¿Charity Fisher?

—En efecto, ése es el nombre completo, señor.

—Bien —dijo el joven, enormemente aturdido por aquella inesperada revelación—, llámela a su habitación. Dele mi nombre y dígale que es algo urgentísimo…

—Lo siento, señor; la señorita Fisher no está.

DeCart sintió que le flojeaban las piernas.

—Pe… Pero eso es imposible… Estuvimos cenando juntos. Íbamos a ir luego al teatro, pero yo tuve que separarme de ella, debido a un asunto importantísimo… Ha tenido que regresar al hotel…

—En efecto, regresó al hotel, pero se encontró con unos amigos y se fue con ellos.

—¡La han secuestrado! —gritó el joven impulsivamente.

El recepcionista pareció ofenderse por aquella exclamación.

—Oh, no, señor, en absoluto. Yo la vi cuando llegó y se encontró con unos amigos… Un matrimonio de edad algo mayor que la suya… Los vi

abrazarse y besarse efusivamente. Parecían íntimos amigos…

—¿Conoce usted a esas personas?

—Lo siento, señor. La señorita Fisher habló con sus amigos durante unos instantes. Luego subió a su habitación y volvió a bajar a los pocos minutos, con un pequeño maletín «fin de semana». Oí decir que pasaría un par de días, con sus amigos, en una residencia de campo, pero, repito, no conozco al matrimonio que vino a invitar a la señorita Fisher.

DeCart apoyó un codo en el mostrador, para cubrirse los ojos con la mano.

—Esto es lo que nos faltaba —dijo a media voz.

—¿Cómo, señor? —preguntó el recepcionista, cortés-mente.

DeCart movió la mano. Aunque tenía su transmisor individual, prefirió no utilizarlo, a fin de no divulgar su verdadera personalidad. Hablaría por línea normal con su jefe.

Señaló el videófono que había sobre el mostrador. El empleado hizo un gesto de asentimiento y, discreto, se marchó al extremo opuesto.

Instantes después, DeCart veía en la pantalla el rostro de su jefe.

—Señor, el ocupante de la habitación dos seis seis no está —informó.

—¿Cómo? —rugió Monterrey—. Pero eso es imposible…

—Refuerza mi opinión de que esa persona no tiene nada que ver con los secuestradores. Primero, porque la conozco, y segundo, porque se ha ido fuera de la ciudad con unos amigos a los que no conozco.

—Por todos los diablos…

—Jefe, eche mano a la computadora. De este modo, podremos encontrar a los amigos que se han llevado a la señorita Fisher a pasar un par de días en el campo. Calculo que deben de ser conocidos de la familia, ya que son mayores que ella…

—¿Ha dicho Fisher, Hugo?

—Justamente, señor. Charity Fisher, hija del dueño de Fisherwood.

* * *

—Lo difícil es encontrar el plutonio —dijo Banffs con acento intrascendente—. Cuando se consigue, fabricar la bomba es tan sencillo como hacer pajaritas de papel.

Wang Kao miró aterrado al hombre que hablaba con tanta tranquilidad de un artefacto que podía destruir la ciudad espacial.

—Así es, amigo mío —continuó Banffs—. Se toman unos doce kilos

de plutonio, en dos semiesferas, separadas unos sesenta o setenta centímetros, y se colocan sobre unas guías adecuadas. Es preciso disponer también del explosivo de lanzamiento, ya que la unión de las caras planas de las semiesferas debe ser hecha de un modo absolutamente instantáneo. Nosotros hemos empleado un cartucho, sin proyectil, de cuarenta milímetros, cargado con U-Dinamita, el nuevo explosivo diez veces más potente que la dinamita convencional.

»Hay también un mecanismo de disparo, procedente de la recámara de un viejo cañón “Bofors” de cuarenta milímetros. Todavía se utilizan esos artefactos, aunque usted no lo crea. Bien, el mecanismo se puede disparar manualmente, quiero decir que se puede detonar la bomba mediante un lanzamiento desde el aire o por medio de un cable eléctrico, pero nosotros hemos preferido la señal de radio. En el primer segundo, se forma una bola de fuego de quinientos metros de diámetro, en cuyo centro hay una temperatura de cincuenta y cinco millones de grados, durante una fracción infinitesimal de tiempo.

»La onda de choque destrozaría por completo el paredón Sur y avanzaría con una velocidad exorbitante. Por supuesto, iría encontrando en su camino numerosos obstáculos, mamparos y suelos, sobre todo, que frenarían su avance mucho más rápidamente que si la explosión se produjera en terreno descubierto…

Wang Kao creía soñar. Si todo lo que decía aquel hombre era cierto y si la bomba estallaba, Spaceville podía ser destruida instantáneamente.

De repente, un zumbido cortó la perorata de Banffs.

—Llamada urgente de la Tierra para el señor alcalde —dijo una voz.

Banffs hizo una señal con la mano. Kao carraspeó un poco y dijo:

—Soy el alcalde. Hable.

—Señor Kao, habla el jefe Monterrey. Comunique a los secuestradores que si bien tenemos el cohete, no podemos decir lo mismo del piloto.

Banffs se inclinó hacia el videófono.

—¿Qué pasa con el piloto? —preguntó.

—Ha abandonado el *Metropole*, invitada por unos amigos, a los que desconocemos. En estos momentos, ignoramos en absoluto dónde se encuentra.

—¡Búsquenla! —dijo Banffs crispadamente.

—Pero, hombre, podemos enviar otro piloto…

—¡Ha de ser ella, precisamente!

Banffs pegó un manotazo al conmutador y la transmisión se cortó en el acto.

* * *

—La computadora está investigando sobre Charity Fisher. No tardaremos mucho en conocer todas sus amistades y saber con qué matrimonio amigo de la familia se ha ido —dijo Monterrey.

—¿Qué se sabe de los secuestradores?

Monterrey tomó una serie de carpetas que tenía sobre la mesa.

—La computadora ha emitido ya su informe, a base de la fotografía del jefe. Este se llama Algernon K. Banffs. Los otros, con un error posible de siete ceros dos puntos uno, son…

—¡Un momento, jefe! —exclamó DeCart—. ¿Qué significan esa serie de números?

—Las posibilidades de error son de una contra diez millones, es decir, la unidad seguida de siete ceros.

DeCart pegó un puñetazo sobre la mesa. Monterrey le miró extrañado.

—¿Qué te sucede, muchacho? —preguntó.

—La computadora… —dijo DeCart coléricamente—. Siempre ella, la omnipotente, la omnipresente…, esa maldita máquina sin la cual no sabemos vivir.

—Pues ayuda mucho, Hugo.

—No será en el caso de Spaceville. El secuestro se ha producido con una facilidad ridícula. ¿Para qué diablos ha servido esa supercomputadora?

Monterrey se encogió de hombros.

—Hugo, yo no soy ingeniero —contestó—. Lo que sí puedo decir es que la máquina resulta de una terrible utilidad.

—La destruiría si estuviese en mis manos. Cada día almacena más datos de más personas… Vigila nuestras vidas, desde la concepción a la muerte, no deja sin anotar uno de nuestros pasos, guardándolos en su maldita memoria mecánica…

—Ahora no estamos para elucubraciones sociopolíticas —rezongó Monterrey—. Hemos utilizado la máquina y nos ha dado unos resultados.

—Sí, sabemos quiénes son los secuestradores, pero no podemos tocarles un solo cabello.

Pero Monterrey no se daba por vencido. Agitó las carpetas y dijo:

—Tenemos los nombres, lo cual puede informarnos de sus posibles debilidades psicosomáticas. Nerviosismo, irritación, torpeza manual, sensibilidad exagerada… Todo eso está aquí y podemos utilizarlo, ¿entiendes?

—Sí, entiendo… —contestó DeCart cansinamente—. Prosiga, jefe.

—Bien, los siguientes nombres de la lista, luego te daré los expedientes para que los estudies, mientras la computadora nos trae el informe sobre Charity Fisher, son: Dester Jadson, Raymond Littino, Javits McLean, Ernest Tizzle, apodado *Boo-Boo* y…

Monterrey se interrumpió.

DeCart le miró, intrigado. En la cara de su jefe había una expresión muy rara.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—La mujer —contestó Monterrey—. No te va a gustar.

—Los secuestradores jamás me han gustado, jefe.

—Esta mujer, menos todavía. Se llama Shirley Carmody.

CAPÍTULO VIII

En el cuarto de generadores de gravedad, Littino encendió un cigarrillo. Luego hizo una llamada.

—Número Uno.

—Dime, número Tres —contestó Banffs en el acto.

—Todo saldrá bien, supongo, y nos iremos «allá».

—Claro, es lo acordado.

—Bien, tendremos problemas. Por lo menos yo.

—¿Qué problemas, número Cuatro?

—Somos cinco y sólo hay una mujer. ¿Qué pasará? ¿Tendremos que utilizar sus servicios sexuales por turno…?

Shirley estaba en la cafetería Doce, donde había establecido su posición, y oyó las palabras de Littino, como el resto del grupo.

—Número Tres, no pienses en mí para satisfacer tus libidinosas ansias —dijo estridentemente—. Ni tú, ni ninguno de los otros. ¡Odio a los hombres!

—Bueno, mujer, bueno, no te pongas así —dijo Littino, tratando de apaciguarla—. Yo solo quería exponer un problema…

—Ese problema tendrá solución a su debido tiempo —dijo Banffs secamente.

La cafetería Doce estaba en uno de los niveles inferiores de la ciudad espacial. Ordinariamente, atendía con casi absoluta exclusividad al personal técnico, por lo que Shirley no había tenido dificultad en expulsar a los pocos clientes que había a su llegada. Ahora estaba sola con el barman, al cual había advertido de lo que podía suceder si intentaba atacarle.

Era un local con grandes cristales, que daban a una amplia avenida. Una mujer llegó en aquel momento y cruzó la entrada, sonriendo

amablemente.

—Hola —dijo la agente Bigelow.

Shirley la miró detenidamente. Pelo rubio, largo y lacio, blusa clara, falda muy corta y zapatos de medio tacón, con un bolso en el hombro izquierdo. Por un instante, creyó estar delante de un espejo de cuerpo entero, contemplándose a sí misma.

Pero al segundo siguiente, comprendió las intenciones de la recién llegada, cuando el barman le hizo una pregunta:

—Señora, ¿tiene usted una hermana gemela?

—No —contestó Shirley.

Luisa avanzaba hacia ella, con la sonrisa en los labios. Shirley tenía la pistola en la mano.

Disparó una vez. Luisa se tambaleó. Shirley hizo fuego dos veces más. La agente Bigelow cayó al suelo, perneó un poco y se quedó quieta.

Banffs oyó los disparos y lanzó un grito:

—¡Chica! ¿Qué sucede? ¿Por qué esos disparos?

—Aguarda un momento, número Uno.

Shirley corrió hacia la muchacha caída en el suelo y registró su bolso. Unos segundos después, con aire triunfal, dijo:

—Número Uno, el jefe de Seguridad tuvo la brillante idea de enviar a una agente femenino, que era parecidísima a mí. Posiblemente, quería reducirme para tomar mi puesto y… ¿Lo comprende ahora?

—Has hecho bien, Chica —aprobó Banffs—. Número Cuatro, ¿has oído?

—Sí —contestó McLean.

—Ha debido ser idea del jefe Rosado. Dale un buen papirotazo para que aprenda a estarse quietecito.

Un segundo después, Rosado caía al suelo, sin sentido, a consecuencia del violento culatazo que McLean le había propinado en el cráneo.

* * *

DeCart tenía la cara tapada con las manos.

—No puede ser ella…

—Sí, sólo que usa el apellido de soltera.

—¿Por qué?

—Resentimiento. No quiere tener nada tuyo, Hugo.

DeCart inspiró profundamente. Mucho debían de haber variado los sentimientos de su esposa en todos aquellos años. Comprendía, incluso, que quisiera emplear el apellido de soltera, pero… andar mezclada en un monstruoso secuestro era algo que no acababa de comprender…

—Algernon Banffs era director adjunto del hospital psiquiátrico donde Shirley estaba internada —prosiguió Monterrey, con los ojos fijos en la carpeta correspondiente al jefe de los secuestradores—. Un individuo muy notable, todo hay que decirlo. Era ingeniero y su esposa enloqueció. Por eso se hizo psiquiatra, campo en el que llegó a ser una notabilidad. No pudo curar a su mujer, pero sí a Shirley, a la cual convenció, por lo visto, para que se uniera a él en esa disparatada empresa.

DeCart alargó la mano hacia el videófono.

—Hablaré con ella…

Monterrey cortó su gesto.

—No —prohibió—. Shirley no está bien del todo, pese a lo que pueda opinar Banffs. El contacto videofónico contigo podría resucitar viejos sentimientos heridos y provocar en ella el deseo de vengarse en los habitantes de Spaceville. Por el momento, no sabe que intervienes en el caso y es mejor que siga ignorándolo.

—Está bien —cedió el joven de mala gana.

—Hay algo que me preocupa notablemente —dijo Monterrey—. Banffs es miembro de la Sociedad de Tiro Super-9.

—¿Cómo?

—Sí, es un selecto grupo de chiflados, en cuyas filas no admiten a nadie que no posea, por lo menos, un cañón de veinte milímetros. Super-9 quiere decir calibres superiores a nueve milímetros. Los componentes de esa sociedad tienen un campo propio, de varios centenares de kilómetros cuadrados, en el cual hacen concursos de tiro con sus cañones de todos los calibres: desde el mencionado, de veinte milímetros, a los de ciento cincuenta y cinco, casi todos, piezas de museo. Allí, el que tiene una ametralladora de media pulgada es mirado con desprecio. Creo que organizan unos espectáculos fantásticos, con blancos móviles, terrestres y aéreos… Los cohetes, por supuesto, están excluidos.

—Y esa clase de tiro, ¿está permitido por la ley? —preguntó DeCart, pasmado.

—Lo está o no habría Sociedad Super-9. Banffs es propietario de un

cañón «Bofors» 40/70, con cargador automático para ciento cuarenta y cuatro disparos.

—No se lo habrá llevado consigo a Spaceville, jefe.

—Se llevó algo mucho peor: una bomba atómica.

El videófono sonó de pronto. Una voz femenina dijo:

—Informe sobre la señorita Fisher. En estos momentos se encuentra en la residencia propiedad de los señores O'Connors, Villa Anita, en las inmediaciones de Brandon Springs. El código videofónico es HH.Y.W.—422-C.

—Está bien, muchas gracias —Monterrey señaló otro videófono sobre su mesa—. Andando, Hugo —ordenó.

DeCart se dispuso a hacer la llamada. En aquel instante, la secretaria dijo:

—Jefe, comunicación desde el despacho del alcalde de Spaceville.

—Pásela en el acto.

El rostro de Banffs apareció de inmediato en la pantalla.

—Señor Monterrey, ¿se han vuelto locos? —gritó—. Han intentado jugarnos una mala pasada, enviando un doble de la mujer que forma parte de nuestro grupo. Esta se ha visto obligada a disparar contra la intrusa.

DeCart se quedó helado al oír aquellas palabras. ¿Quién había transformado a Shirley en una fiera?

Banffs continuó:

—La muerta se llamaba Luisa Bigelow, agente femenino de Seguridad de Spaceville. Óigame bien, jefe; estoy con Kao, el alcalde. Si vuelven a intentar algo, él será la siguiente víctima, ¿entendido?

Kao lanzo un agudo grito, que llegó claramente hasta el despacho de Monterrey, aunque no se veía su redondo rostro.

—¡No, jefe, no! Hagan todo lo que estos hombres piden…

—Tranquilo, alcalde; el dinero se está contando y ya hemos localizado al piloto del cohete que ha de llevarlo. ¿Le satisface esta información, Banffs?

—Maravilloso —rio el aludido.

—Pero ¿por qué precisamente la señorita Fisher?

—No hay respuesta. Adiós.

La comunicación se cortó. Monterrey miró a DeCart y le señaló el videófono que tenía ante sí. DeCart asintió y marcó el número de la residencia de los O'Connors.

* * *

Charity creía soñar cuando, ya de madrugada, despertada por sus anfitriones, acudió al videófono y vio el rostro de su amigo Hugo DeCart.

Hugo le dijo lo que sucedía. Charity quedó pasmada.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué precisamente mi cohete?

—Lo ignoro —respondió el joven—. Char, ellos lo han dispuesto así y no tenemos otro remedio que hacer lo que nos ordenan.

—Ceder ante las presiones de unos secuestradores…

—Han causado ya la muerte de veintidós personas, más un agente femenino que ha fallecido hace escasos minutos. No sé cómo estarás tú, pero imagínate cuál es mi estado. Shirley, mi propia esposa, es uno de los secuestradores y ella es la que acaba de matar a la mujer policía.

Charity se sintió abrumada al oír la noticia.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Vístete inmediatamente —dijo DeCart—. Ya hay en camino un aeromóvil policial, para llevarte al astropuerto. Si recibimos nuevas instrucciones, te las haremos saber.

—Pero, Hugo, ¿es que quieres entregarme a esos bandidos? —protestó Charity indignadamente.

—Querida, lo más probable es que, por razones aún ignoradas, quieran sólo tu cohete. Es muy rápido y…

—¿Qué pasaría si me negase?

DeCart suspiró.

—Tienen una bomba atómica y la harían detonar… —contestó.

—Está bien —cedió Charity finalmente—. Llevaré el cohete…

—Cuando tengamos el dinero preparado.

—Pero me pondré un traje espacial y lo abandonaré, una vez haya llegado a Spaceville. Díselo así o no habrá trato por mi parte. No tengo vocación de heroína, ¿comprendes?

DeCart se dijo que, de momento, valía aquello más que nada y asintió.

—Comprendo. Gracias, Char.

Al cortar la comunicación, se volvió hacia su jefe.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo.

—¿No será la de ponerte en contacto con Shirley? —se alarmó Monterrey.

—Oh, no… Pero usted dijo que los expedientes de los secuestradores son muy complejos.

—Sí.

—Démelos. Quizá pueda encontrar alguna solución, estudiando sus características personales.

Un cuarto de hora más tarde, entró un hombre en el despacho. Era Malcolm Stokes, ingeniero astronáutico, quien había tomado parte años atrás en la construcción de Spaceville. Stokes traía en las manos un gran sobre, con algunas fotografías. Una de ellas, mostraba al Carguero Seis, con el morro apoyado en la base del mamparo Sur de Spaceville.

—La hemos tomado desde una nave de patrulla, con teleobjetivo, a dos mil doscientos kilómetros de distancia —explicó Stokes—. Carguero Seis, como todos los cohetes de carga, se mueve por antigravedad. Pero las reglas de seguridad en el espacio son muy estrictas. Carguero Seis lleva motores de reserva, de tipo químico…

—Cohetes —adivinó Monterrey.

—Exactamente. Si los generadores fallasen, Carguero Seis podría viajar sin dificultad por medio de los chorros auxiliares. Tiene combustible suficiente para un viaje de ida y vuelta desde la Tierra. Es la ley, jefe.

—Los chorros, a la máxima potencia, tienen un empuje estático de cinco mil toneladas. Carguero Seis podría hacer funcionar sus motores, a máxima potencia, durante varias horas. Imagínese lo que sucedería, con la proa de esa nave «empujando» literalmente a Spaceville. En realidad, con diez minutos de empuje sería más que suficiente para arrancarla de su órbita… porque los secuestradores han calculado muy bien y, con el diez por ciento de gravedad menos que han reducido al apoderarse del cuadro de control de generadores, han desestabilizado la ciudad. Fíjese en la posición de Carguero Seis: su eje longitudinal forma un pequeñísimo ángulo con el eje mayor de la ciudad. O un ángulo obtuso muy grande, de ciento setenta grados, como quiera.

Monterrey y DeCart estudiaron la fotografía. El joven dijo:

—Así, Carguero Seis empujará un poco hacia arriba…

—Y la ciudad recibirá el impulso en sentido contrario, es decir, hacia abajo. Una vez arrancada de su órbita, ya no habrá fuerza humana capaz de detener su caída. Describirá sesenta o setenta órbitas en torno a la Tierra, la atmósfera frenará su velocidad y, al fin, se estrellará contra el suelo. Matemático —dijo Stokes—, no hay error posible.

—Lo han calculado bien —gruñó Monterrey.

—Banffs fue ingeniero —añadió DeCart.

—Si usted se sitúa en la popa de una lancha y empuja con la mano, pero no por el centro, sino por el punto donde la popa se une con la banda de estribor, la lancha será impulsada hacia adelante, desviándose ligerísimamente hacia babor. Una simple aplicación de la relación de fuerzas —concluyó Stokes.

—Está bien —dijo Monterrey—. Ingeniero, por favor, quédese con nosotros. Quizá necesitemos de sus consejos técnicos y… Hugo, ¿qué hay de esos expedientes?

—He elegido el de Tizzle —respondió DeCart—. Creo que es el más inestable del grupo.

* * *

—El dinero está contado, preparado y empaquetado —informó Dahvi—. He dado orden de que lo transporten al astropuerto.

Lettellier asintió.

—Una tonelada de billetes… Novecientos kilos de oro, si deciden fundirlos.

—No lo harán —dijo la secretaria del Tesoro.

—¿Por qué?

—El oro, en los billetes, forma un entramado que les confiere una superior resistencia al desgaste; no se ha hecho por concederles un valor superior. En realidad, el oro es menos valioso que los cien millones. Novecientos kilos, en lingotes, a setenta neofrancos el gramo, representan sesenta y tres millones…

—Pues no es una bagatela —refunfuñó Ngombwo—. Quizá se conformen con esos sesenta y tres millones en oro.

La señora Dahvi se quedó cortada. Lettellier contuvo una risita, por pura cortesía.

—Sí, pero ¿dónde fundirán el oro? —exclamó la señora Dahvi—. Y, sobre todo, ¿dónde lo gastarán?

—El oro tiene fácil salida, si deciden fundirlo —intervino Rodríguez —. Yo mismo podría hacerlo…

—Interesa más saber adónde piensan dirigirse con el botín —dijo Lettellier—. Si conocemos ese dato, podremos llegar hasta ellos y darles tal escarmiento, que no volverán a pensar siquiera en robar diez céntimos de caramelos.

Se volvió hacia el teléfono, tocó una tecla y dijo:

—Jefe Monterrey, trate de averiguar adonde piensan dirigirse los secuestradores con el botín.

—Sí, Excelencia.

* * *

—*Boo-Boo* Tizzle es el más inestable del grupo, sin contar a mi esposa —dijo DeCart—. Por tanto, constituye su flanco más débil y por ahí debemos atacar.

—¿Cómo? —preguntó Monterrey.

DeCart se lo dijo. Luego añadió:

—Y, además, se me ha ocurrido otra idea, que pondré en práctica apenas haya hablado usted con Banffs.

—Pero hemos quedado en que atacaríamos a *Boo-Boo*…

—Jefe, los secuestradores están provistos de transmisores individuales. Cada uno de ellos escucha todo lo que dice Banffs y todo lo que le decimos nosotros.

—Ya —sonrió Monterrey—. ¿Y cuál es la otra idea?

—¿Puedo hablar con el Departamento de Maquillaje?

Monterrey arqueó las cejas.

—Oye, no irás a disfrazarte…

—El Departamento de Maquillaje es capaz de obrar milagros y usted lo sabe —contestó DeCart—. ¿Puedo, jefe?

—Sí, anda, habla.

DeCart dictó unas instrucciones al encargado del departamento mencionado. Apenas había terminado, Monterrey se puso en contacto con Banffs.

—¿Tiene algo nuevo que decirme, jefe? —preguntó Banffs.

—¿No se cansan? Llevan muchas horas de vigilia…

—Hemos tomado estimulantes. Ya descansaremos cuando estemos en el cohete, no se preocupe.

—Sí, cien millones espabilan a cualquiera —convino Monterrey amablemente—. Por cierto, ya están contados y van camino del astropuerto.

—¿Qué ha dicho la señorita Fisher?

—No quería, pero la hemos convencido. Pilotará su cohete, descuide. Aunque, no sé, no sé…

Banffs frunció el ceño.

—¿Ocurre algo? —inquirió.

—Su bomba atómica.

—Funcionará perfectamente.

—Sí, ya sé que usted fue ingeniero antes que psiquiatra, pero yo he consultado con expertos y he llegado a la conclusión de que su bomba es menos estable de lo que parece.

El número Uno lanzó una fuerte risotada.

—¡No me venga con historias, jefe! ¡Yo sé bien lo que me hago! —exclamó despectivamente.

—Sí, pero *Boo-Boo* no. Era sólo el navegante del Carguero Seis, no el piloto. La maniobra de atraque no fue correcta.

—Pero está en su sitio, ¿no?

—*Boo-Boo* maniobró con falta de delicadeza. Carguero Seis es una nave enorme y lo que en un aeromóvil, a la misma velocidad, con una masa miles de veces menor, no sería ni siquiera la rozadura de una uña, en Carguero Seis puede tener serias consecuencias.

—Carguero Seis está en perfectas condiciones —dijo Banffs de mal humor.

—Lo sé, pero ¿y la bomba? ¿No han podido sufrir sus delicados mecanismos con el ligero impacto que lo ha llevado a situarse en su actual situación? Algún engranaje, algún circuito, todos muy delicados, como usted sabe, ha podido padecer…

—¡Basta! —cortó Banffs malhumoradamente—. No hay peligro de que la bomba explote si no lo deseamos ninguno de los que formamos el grupo. ¿Está claro?

—Si usted lo dice…

Banffs cortó la comunicación. ¿Qué diablos pretendía el jefe Monterrey con la expresión de unas aprensiones que no tenían razón de ser?

Boo-Boo oyó la conversación y se puso muy nervioso.

—Número Uno, ¿es cierto que la bomba ha padecido? —preguntó.

—No seas estúpido —contestó Banffs—. Esa bomba no puede explotar, salvo en las condiciones requeridas.

—Sí, pero yo estoy a diez metros de ella y usted…

—Yo moriría también. El despacho del alcalde está a menos de mil metros. El jefe Monterrey ha querido ponernos nerviosos, eso es todo.

Littino se sintió también preocupado.

—Oiga, jefe, mire que si ese petardo fallase…

—Habla con el número Cuatro. El entiende de bombas atómicas —dijo Banffs.

—No hay peligro, número Tres —dijo McLean con voz reposada.

—Pero la radiactividad… —se quejó *Boo-Boo*.

—Tienes protección suficiente.

Boo-Boo sudaba.

—¿Cuándo diablos vamos a largarnos? —preguntó, casi a gritos.

—El dinero va camino del astropuerto… —repuso Banffs—. Se trata de un cohete muy ligero. Lo tendremos aquí en menos de cuatro horas.

—¿Está seguro, número Uno?

—Seguro. No pueden engañarnos.

—Yo no me fiaría tanto —dijo Shirley.

Estaba sentada en un taburete y contemplaba el cadáver de Luisa Bigelow. La policía había quedado boca arriba y sus ojos estaban abiertos. Detrás de ella, el barman aparecía como petrificado.

—¿Por qué no te fiarías? —quiso saber Banffs.

—El jefe Monterrey interviene en la operación —contestó la mujer—. Mi esposo era su favorito. Cada vez que Monterrey tenía un caso difícil, se lo encomendaba a él. Y Hugo, tan contento y tan orgulloso…

—Y te tenía abandonada.

—Sí —contestó ella rencorosamente.

—¿Crees que Hugo puede intervenir en el caso?

—Seguro. Y podría resultar perjudicial, porque, hablando imparcialmente, es un verdadero demonio, con muchos trucos en su repertorio.

—Está bien. Tomaré medidas. Ah, y no te preocupes por la bomba. No puede estallar.

—*Boo-Boo* me preocupa —manifestó ella—. Está nervioso y apostaría doble contra sencillo a que es cosa de Hugo.

—¿Cómo lo sabes?

—Oh, habrá consultado a la computadora… *Boo-Boo* es muy inestable psíquicamente. No debiste haberlo traído.

—No teníamos otra elección. Era el único de que disponíamos. Los demás dieron un resultado negativo. Pero lo tranquilizaré, después de que haya hablado con Monterrey.

—Está bien.

* * *

Hugo DeCart habló con el comandante de las naves de patrulla. Una de las naves se elevó raudamente en dirección a Spaceville.

En aquel momento, Banffs hablaba con Monterrey.

—Jefe, ¿dónde está DeCart? —preguntó.

DeCart oyó la voz e hizo un signo negativo, ya que se hallaba fuera del campo visual del videófono.

—No lo sé —respondió Monterrey.

—Jefe, no quiero golpes bajos. Haga que venga DeCart…

—Pero si no sé dónde está. Había presentado la dimisión…

—No me trago esa fábula. Le doy treinta minutos para ver la cara de Hugo en la pantalla. Adiós.

Banffs cortó la comunicación malhumoradamente. Una vez más, Kao le miró, preguntándose cuándo acabaría aquella pesadilla.

—Voy al lavabo —anunció Banffs secamente.

Kao quedó solo en su despacho. Durante unos momentos, miró agónicamente el videófono. ¿Cómo pedir socorro?

Temblando de pavor, alargó la mano, aunque sin tocar la tecla de contacto. De pronto, pensó en sus electores.

¿Qué dirían de un alcalde cobarde?

Todavía vaciló un instante. Pero luego, de pronto, sintió desprecio por sí mismo. Se había sometido servilmente a los deseos de unos individuos sin escrúpulos. No, no podía continuar más en la misma situación.

Dio el contacto.

—Nancy —dijo a la secretaria—, quiero que conecte mi videófono a la red general…

—¿A pesar de la hora, señor alcalde? —preguntó la atónita secretaria.

—Sí, a pesar de la hora.

—Que es tu última hora —dijo Banffs en aquel instante.

Apretó el gatillo. La bala atravesó el redondo cráneo de Kao, quien se desplomó sin lanzar un grito sobre la mesa.

Banffs se acercó al sillón y apartó despectivamente a un lado el cadáver de Kao.

Llamó a la Tierra.

—Jefe Monterrey, algunos siguen pensando que bromeamos y eso no

es cierto —dijo—. Acabo de disparar contra el alcalde. ¡Ha muerto!

* * *

Monterrey se quedó helado.

—Pero ¿es que no tiene conciencia? —exclamó.

—No, no la tengo —respondió Banffs fríamente.

Su rostro desapareció de la pantalla. DeCart miró a su jefe.

—Yo me voy al astropuerto —anunció.

—Pero él quiere verte…

—No me ha encontrado, eso es lo que debe decirle. Si tiene redaños, que haga funcionar la bomba. Pero no apretará el botón; sabe que le esperan cien millones.

DeCart tenía la mano en el pomo de la puerta. Súbitamente, concibió una idea.

—Jefe, yo he echado siempre pestes de la computadora —dijo—. Pero ahora puede que nos ayude. Hágale una consulta y notifíqueme el resultado en el astropuerto.

—¿Cuál es la consulta? —preguntó Monterrey.

DeCart se lo dijo. Monterrey asintió.

—Buena idea, sí, señor —aprobó.

Media hora más tarde, DeCart se hallaba en el astropuerto. Unos agentes cargaban en el cohete la tonelada de billetes.

Charity presenciaba la operación.

—Hugo —exclamó al ver a DeCart.

El joven tomó sus manos.

—Tú no irás allá arriba —murmuró.

—¿Cómo?

—Aguarda un momento y lo sabrás.

Un aeromóvil policial llegaba en aquellos instantes. Sus ocupantes desembarcaron algo que llenó de asombro a la muchacha.

—Eh, ésa soy yo —dijo.

DeCart sonrió.

—Es un robot, con tu cara y ropas parecidas a las tuyas —explicó—. El cohete despegará con piloto automático. Lo controlaremos todo desde la Tierra, incluso las llamadas de los secuestradores.

—Pero me verán la cara en la cabina de mando…

—Verán la cara del robot, que moverá los labios, pero en realidad,

serás tú la que des las respuestas, por medio de un monitor situado en Tierra. ¿Lo entiendes ahora?

—Me llevarán el cohete —dijo ella quejumbrosamente.

—Lo recobrarás —aseguró DeCart.

Hubo un instante de silencio. Luego, Charity dirigió al joven una mirada de simpatía.

—Hugo, siento lo de tu esposa —dijo.

DeCart meneó la cabeza.

—Ignoro los medios de que Banffs se valió para unirla a su suerte —contestó—. Tampoco importa mucho, a decir verdad. Pero sí resulta lógico suponer que supo explotar su resentimiento.

—Ella también era muy absorbente y egoísta…

—Precisamente por eso, comprendía muy poco mis razones. No niego que tuviese sus motivos, pero exageraba considerablemente las cosas. Al final, su mente no pudo resistirlo.

—¿Y ahora?

—Está allá arriba, descargando su odio. Tal vez Banffs le ha hecho locas promesas…

—Con cien millones ya se pueden hacer promesas —dijo Charity cáusticamente—. Pero ¿dónde piensan gastarlos?

—A mí se me ha ocurrido una idea —contestó él.

—¿Puedo conocerla?

—Sí, claro. Hay cientos, si no miles, de asteroides, en los que se han establecido diminutas colonias. Las naves van y vienen continuamente y traen a la Tierra toda clase de minerales valiosos. Cada propietario de asteroides es un rey; nadie puede pedirle cuentas de lo que hace o deja de hacer en su propiedad. Tú sabes algo sobre el particular, me parece.

Ella hizo un gesto de aquiescencia.

—Así es la ley —convino.

—Bien, para mí, Banffs y su grupo han elegido ya un asteroide, donde piensan establecerse. Incluso puede que funden un Banco, con el dinero del secuestro. Y, de este modo, podrían establecer una especie de monopolio sobre todos los minerales del espacio: níquel, platino, oro, diamantes, metales raros, que en algunos asteroides se encuentran en estado de pureza… Y ya no habría ley que permitiera actuar contra ellos, porque es un caso que no está previsto y no se podría aplicar el principio de retroactividad, ¿comprendes?

—Desde luego, pero ¿cuál es el asteroide elegido?

DeCart no pudo contestar. Un hombre se le acercó en aquel instante.

—El cohete está listo para despegar —informó.

—Muchas gracias. —DeCart sacó su transmisor individual—. ¿Jefe?

—Dime, Hugo —contestó Monterrey segundos más tarde.

—El cohete va a despegar con el dinero.

—Perfectamente. Una cosa: no ha habido todavía respuesta de la computadora a la consulta que me has sugerido —dijo Monterrey.

—Ya me lo dirá por el camino —contestó el joven.

—¿Por qué?

—Es muy simple, jefe; voy a ver si consigo desconectar la bomba —respondió DeCart.

Charity sintió un escalofrío.

—¿Piensas subir allá arriba? —preguntó.

—Sí. Ya tengo la nave preparada.

Ella vaciló un momento.

—Supongo que sabrás la forma de llegar sin ser advertido —dijo.

—Por supuesto.

—Entonces, iré contigo —declaró Charity, resueltamente.

CAPÍTULO IX

Boo-Boo estaba sentado en uno de los cómodos sillones de la cámara de mando. Los estimulantes que había ingerido le impedían conciliar el sueño.

Pero, al mismo tiempo, su mente se mostraba más activa que de costumbre. *Boo-Boo* no podía quitarse de la imaginación el artefacto que tenía bajo sus pies.

¿Y si los mecanismos se habían estropeado?

Claro que no sentiría nada… pero la idea de morir pulverizado, aunque fuese en una milésima de segundo, no le hacía la menor gracia.

De repente, vio el parpadeo de una luz a unos treinta o cuarenta kilómetros de distancia. Eran señales en Morse, adivinó en el acto.

Con el ceño fruncido, intentó descifrar las señales. A medida que se producían los destellos, deletreó a media voz:

—Blanco Dos a Rojo Cuatro. Contesta, Rojo Cuatro.

A *Boo-Boo* le intrigó mucho aquella llamada. ¿Hacia dónde se dirigían las señales?

Volvió la cabeza. Aquel sector de la cabina era amplio, de forma semicircular. Podía ver el espacio en un campo de más de 180°. Sí, al otro lado había una segunda nave de patrulla… y contestaba a la primera.

—Rojo Cuatro atento. Dime qué sucede, Blanco Dos.

—Informa tu posición. Es urgente.

—Veintidós kilómetros Oeste Carguero Seis.

—Retírate dieciocho kilómetros más. Posible explosión nuclear. Sensores detectan aumento radiactividad en proa Carguero Seis.

—Recibido y enterado, Blanco Dos.

A *Boo-Boo* se le pusieron los pelos de punta. Apenas hubo terminado

el intercambio de mensajes, llamó a su jefe.

—Número Uno, número Uno —dijo frenéticamente.

—Aquí a la escucha —contestó Banffs—. ¿Qué diablos pasa?

—Tengo dos naves de patrulla en los flancos. Han cambiado mensajes. Una de ellas dice que sus sensores captan aumento de radiactividad en el Carguero Seis. Hay peligro de explosión…

—¡Imbécil! Eso es un truco para ponerte nervioso. No hagas caso, número Cinco. La bomba no explotará si nosotros no queremos, ¿me has entendido?

—Yo… Jefe, no estoy tranquilo… ¿Cuándo diablos llega el dinero? Empiezo a cansarme…

—Calma, número Cinco, todo saldrá bien. El dinero ya está a bordo del *Emily*, que acaba de despegar. Lo tendremos aquí antes de cuatro horas, ¿entendido?

—Número Uno, llama número Tres —dijo Littino, repentinamente alarmado—. ¿Qué diablos pasa con el aumento de radiactividad?

—No pasa nada —gritó Banffs—. Sólo tratan de desconcertarnos. No hay aumento de radiactividad espontáneamente, de tal modo que se provoque la explosión por sí misma. Tranquilos, muchachos. Es un truco… ¿de Hugo, Chica?

—Muy probable —respondió Shirley—. Ese hombre es capaz de cualquier cosa.

Banffs maldijo entre dientes. Volvió a tranquilizar a sus secuaces y luego llamó a la Tierra.

—Jefe Monterrey, ¿dónde diablos está DeCart?

—Ilocalizable —respondió Monterrey.

—¡Por todos los diablos! ¡Búsquelo! —tronó Banffs.

—¡Búsquelo usted! —contestó Monterrey, no menos enojado—. ¿Acaso cree que estoy en condiciones de saber dónde está un maldito agente mío, que había presentado la dimisión la víspera de su secuestro?

—Consulte con la computadora; ella le dirá…

—No. Ande, apriete el gatillo. ¡Dispare la bomba! Ustedes también morirán. He podido conseguir el dinero y el cohete, pero no voy a sacarme a un agente de la manga, porque es algo absolutamente imposible, ¿lo ha entendido?

—Jefe, voy a decirle una cosa: los transmisores de radio de que disponemos tienen un alcance de casi cuatrocientos mil kilómetros. A partir del momento en que trasbordaremos al *Emily*, dispone usted de

doce horas para localizar a DeCart. Si no lo hace, dispararemos la bomba. ¿Entendido?

—Está bien —dijo Monterrey cansinamente—. Buscaremos a DeCart.

—¿Habéis oído todos? —preguntó Banffs a sus secuaces.

—Sí, pero la radiactividad… —dijo *Boo-Boo* plañideramente.

—Oh, cállate ya de una vez. Chica, ¿cómo te encuentras?

—Bien —contestó la interpelada.

Shirley estaba en la misma posición y tenía la vista fija en el inerte rostro de Luisa Bigelow. ¡Cuánto se le había parecido aquella joven!, pensó maquinalmente.

* * *

—Has fallado —dijo Charity, mientras volaban en dirección a Spaceville.

—La computadora dijo que Tizzle era el más inestable de todos —contestó DeCart—. Simplemente, quise probar suerte. Los secuestradores llevan muchas horas de tensión. Pensé que a alguno de ellos podía fallarle los nervios…

—Y no ha sido así. Pero ¿crees de veras poder desarmar la bomba?

—Estoy completamente seguro de conseguirlo.

—Pero es que ni siquiera sabes cómo es una bomba atómica.

—Ten calma —sonrió DeCart—. Todavía nos quedan un par de horas largas para llegar al objetivo.

De repente, una luz centelleó en el cuadro de mandos. Sobre la lamparita había un rótulo: TRANSMISION POR SISTEMA FOTONICO. DeCart presionó una tecla.

—Adelante —invitó.

—¿Hugo? —sonó la voz de Monterrey.

—Sí. Todo bien a bordo.

—Lo celebro. Escúchame, prepárate para recibir planos de Carguero Seis y un diseño de los mecanismos de la bomba, según se piensa ha sido construida.

—Entendido.

DeCart encendió una pantalla de televisión, con dispositivo de grabación. Varios planos aparecieron sucesivamente ante sus ojos. Los planos quedarían registrados en la cinta, lo que le permitiría reproducirlos en la pantalla cuantas veces lo deseara.

Luego apareció el bosquejo de los mecanismos de la bomba. Monterrey dijo:

—Hugo, te va a hablar el ingeniero Stokes. El podrá darte detalles de la forma en que puedes llegar al lugar donde está la bomba y la manera de desconectar el sistema de disparo. ¿Entendido?

—Entendido y adelante.

—Señor DeCart, fíjese en ese tubo que hay a la derecha de una de las semiesferas —sonó la voz de Stokes—. Es la vaina de un cartucho de cuarenta milímetros, cargado con U-dinamita… En la bomba se ha incluido el mecanismo de disparo de un cañón «Bofors» de dicho calibre, procedente con toda seguridad del que Banffs poseía en el Club de Tiro Super-9. El mecanismo está amartillado y podría ser disparado por mando manual, si fuese necesario, como sucede con esa pieza de artillería, cuando fallan los sistemas eléctricos. Aquí, estos mecanismos están conectados a un transmisor de radio… Vea los cables señalados A y B. El A corresponde al mando de radio. El B es el mando manual. ¿Va comprendiendo?

—Siga, ingeniero —dijo DeCart.

—Cuando esté junto a la bomba, fíjese sobre todo en el mecanismo del percutor. Llévese un trocito de metal, de medio centímetro de grueso y sitúelo entre el percutor y el fulminante del cartucho. Después podrá cortar con toda tranquilidad los cables.

—¿No habrá peligro de una especie de autoexplosión?

—No. Para que se produzca la masa crítica, las dos semiesferas de plutonio tienen que unirse por las caras planas, lanzadas a mil doscientos kilómetros por hora. Si usted bloquea el percutor, ya no hay peligro de explosión.

—Enterado. ¿Qué me dice de la radiactividad?

—Estará junto a la bomba menos de un minuto. Déjela donde está; equipos especiales la desarmarán y se la llevarán a lugar seguro.

—Comprendido.

—Ahora, por favor, preste atención a la maniobra de llegada…

* * *

—De todos modos, me sigue preocupando la soledad —dijo Littino.

—¿A qué te refieres? —preguntó Banffs.

—Hombre, no habrá allí más que una mujer… y será para usted…

—¡Yo no seré mujer de nadie! ¡No quiero ir a la cama con ningún

hombre! —protestó Shirley enloquecida de furia.

—Número Tres, cierra el pico de una vez —aconsejó Banffs—. Olvida tus problemas con el sexo, ¿entendido?

Littino se echó a reír.

—De todos modos, la Chica es capaz de volver virtuoso a Casanova, si viviera, claro. ¡Menudo saco de huesos!

—Número Tres, si no callas, haré que te den una buena lección —gritó Banffs—. ¿Es que sólo sabes pensar en mujeres?

—Hombre, yo pienso en mujeres… y el número Cinco piensa en cerveza y en carne asada…

—A propósito —intervino *Boo-Boo*—, voy a ver si encuentro un par de cervezas en el refrigerador.

—¡Quieto donde estás! —ordenó Banffs—. ¿Es que vais a estropearlo todo, ahora que tenemos el dinero a poco más de dos horas de distancia?

—En el fondo, número Tres tiene razón —intervino McLean—. Yo no soy un obseso en ese aspecto, pero, caramba, de cuando en cuando, me gusta disfrutar un poco. Y allí no vamos a tener chicas…

—Será cuestión de un par de semanas solamente. Cuando se divulgue la noticia, acudirán chicas —prometió Banffs—. Pero no vendrán de la Tierra, sino de las colonias asteroidales. Rechazaremos a las que no nos gusten y nos quedaremos con las más guapas. ¿Está claro?

—¡Menudos juergazos nos vamos a correr! —dijo Littino, frotándose las manos—. Con la parte que me toque del botín, tendré las chicas a montones…

—Una y basta. ¿O es que quieres convertir nuestra posición en un prostíbulo?

McLean volvió a hablar.

—Número Uno, de todos modos, me preocupa cómo podremos gastar el dinero. Son billetes nuevos, flamantes, y habrán anotado la numeración automáticamente, a medida que los contaban y empaquetaban. En toda la redondez de la Tierra no habrá una persona que acepte uno solo de esos billetes.

—Número Cuatro, esos billetes circularán solamente en el espacio. Ya te expliqué el plan, ¿no?

—Sí, claro…, pero los que nos vendan las mercancías, podrán exigir el pago…

—Esos cien millones serán el fondo de reserva de nuestro Banco.

Todo el que tenga mercancía para vender, tendrá que pasar por nuestro asteroide, porque pagaremos los mejores precios… y en la Tierra también tendrán que aceptar nuestras condiciones y nos darán dinero legítimo, perfectamente circulante. ¿Está claro?

—Sí, ahora ya lo comprendo. Pero ¿no nos entregarán una serie de pilas de billetes, compuestas por recortes de papel, con sólo un billete en la parte superior?

—Recuerda la bomba, no se atreverán a engañarnos.

—Ojalá sea como dices. ¿Sube la chica en el cohete?

—Ahora mismo voy a comprobarlo.

Una vez más, Banffs volvió a llamar a la Tierra.

—Un momento —pidió Monterrey—. Vamos a establecer las conexiones necesarias. No se retire, en seguida le conectaremos con el *Emily*.

—Prepárate —bisbiseó DeCart a bordo de su nave.

Charity asintió. En el cuarto de comunicaciones, Dester Jadson encendió una pantalla.

El rostro de la joven, sentada ante el puesto de pilotaje, apareció a los pocos momentos. Banffs sonrió.

—¿Cómo se encuentra usted, señorita Fisher? —preguntó.

El robot movió los labios. Pero la voz era la auténtica de Charity.

—No pretenderá que me sienta capaz de bailar de alegría, ¿verdad?

—Lo siento, señorita; sus incomodidades pasarán muy pronto —se disculpó Banffs.

—Eso espero. ¿Sigo o prefiere continuar viéndome?

—Ya está bien, muchas gracias.

En la nave, junto a DeCart, Charity lanzó un suspiro de alivio. Banffs sonrió.

Charity era el último punto de su plan. Con su colaboración voluntaria, por supuesto, darían término a un plan largamente estudiado durante meses.

En el cuarto de comunicaciones, Jadson frunció el ceño. Había grabado la conversación y tenía en la pantalla el rostro de Charity Fisher. Reprodujo sus palabras.

En la cafetería, Shirley seguía con la vista obstinadamente fija en el cadáver de Luisa Bigelow.

—Diríase que soy yo la muerta —murmuró.

El *barman* calló. Aquella loca, se dijo, tenía muy malas pulgas. No

quería terminar como la simpática Luisa, quien no había tenido la menor posibilidad de defenderse. El *barman* deseó que la asesina padeciera un día todas las torturas del infierno.

CAPÍTULO X

—En Spaceville hay un sistema de comunicaciones completísimo —dijo Charity—. Han tenido que darse cuenta de lo que decíamos…

—No —contradijo DeCart—. Hemos hablado por sistema fotónico.

—A ver, explícate.

—Cuando yo hablaba, una imagen filmaba mi rostro a la vez que registraba mi voz. Luego, un convertidor transformaba imagen y sonido en impulsos luminosos, debidamente codificados que, al llegar a la Tierra, eran descodificados nuevamente por un convertidor de sentido inverso, y transformados en imagen y sonido. Este sistema de comunicaciones es privativo exclusivamente de las naves de patrulla.

—En Spaceville también hay un servicio de Seguridad…

—Interno, autónomo. Para las comunicaciones con la Tierra, utilizan los canales normales, aunque tienen sus frecuencias reservadas.

—Eso significa que no nos han detectado.

—No. Nosotros nos acercamos siguiendo una línea imaginaria que nos conduce rectamente a la popa del Carguero Seis. Esperan, si acaso, un ataque por los costados de la nave, pero no por la popa.

Charity se estremeció.

—Entrar por esos enormes tubos…

—No hay otra solución —contestó él—. Y, a propósito, tienes que contarme algo que me intriga muchísimo.

—¿Sí?

—El agua. Hablaste de un arroyo, con cascadas, si mal no recuerdo.

—Ah, ya —sonrió la joven—. Resulta que papá localizó una bolsa de líquido, un embalse subterráneo, que debe tener alrededor de cuatro kilómetros cúbicos de capacidad. Hizo aflorar un manantial en un punto elevado, el agua cae por gravedad, recorre un determinado trecho y

luego se rebalsa en un estanque, de donde es bombeada de nuevo a la parte elevada.

—Pero la evaporación.

—La intensa gravedad de Fisherwood permite la atmósfera, y donde hay atmósfera, hay nubes.

—Y donde hay nubes, acaba por llover —sonrió él.

—Además, contamos con la máquina productora de oxígeno e hidrógeno. ¿Cómo crees que obtenía papá el agua en los primeros tiempos? En todo suelo hay esos dos elementos químicos. La máquina los aísla primero y luego los une, para que produzcan agua.

—Sí, la chispa eléctrica, dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. Física primaria, vamos.

—Exactamente.

De súbito se encontraron a muy poca distancia del Carguero Seis.

Charity calló, impresionada por aquellos enormes tubos que eran los chorros de emergencia del gigantesco cohete y que sólo se usarían en caso de posible fallo de los generadores antigravedad. Cada uno de ellos tenía un diámetro superior a la estatura de un hombre y las cuatro bocazas negras de otros tantos tubos, semejaban las fauces de unos gigantescos dragones, dispuestos a devorar a quien se aventurase en su interior.

DeCart detuvo la nave junto al tubo interior de la derecha. Lanzó un ancla magnética y llamó a su jefe por el sistema fotónico.

—Nos disponemos a entrar —informó.

Monterrey parpadeó.

—Has dicho «nos», Hugo —exclamó.

—Sí, la dueña del *Emily* y yo. Pero ya hablaremos más tarde. Adiós.

DeCart cerró el conmutador y se volvió hacia la muchacha.

—Te invito a una excursión por las «tripas» del Carguero Seis —sonrió.

Charity estaba un tanto pálida.

—Suerte —dijo, esforzándose en corresponder a la sonrisa de su acompañante.

* * *

—El dinero está a treinta minutos —informó Banffs.

—¡Yupiii…! —gritó Littino.

—Estupendo —dijo McLean—. Ha salido como dijiste.

—Ya tengo ganas de tumbarme en una litera —declaró Jadson—. Pondremos el piloto automático, supongo.

—Supones bien, número Dos. ¿Qué opinas tú, número Cinco?

—Me pica todo el cuerpo —se quejó *Boo-Boo*—. No será la radiactividad, ¿eh?

—Son los nervios, hombre —rio Littino.

—Chica, ¿qué dices tú? —preguntó McLean.

—Sí.

—¿Cómo?

—Ésta cansada. No la molestes más —aconsejó Littino.

—Chica, ¿quieres venir aquí?

—No.

—Como gustes, pero ten en cuenta que dentro de treinta minutos debemos estar en la esclusa Cuatro Sur. Número Cinco, ponte el traje espacial, con propulsor individual, y aguarda fuera la llegada del *Emily*.

—Enterado.

Banffs sonrió. El plan se desarrollaba a la perfección.

En el cuarto de comunicaciones, Jadson, una vez más, repetía la proyección del diálogo de su jefe con Charity Fisher.

Aquella boca, aquellas palabras… parecían salir de los labios una fracción de segundo más tarde.

Los ojos de Shirley seguían fijos en el cadáver de Luisa Bigelow.

* * *

Alumbrado por la lámpara que sostenía Charity, DeCart soltó los pernos que sujetaban una trampilla de registro. Era una plancha curva, de varias toneladas de peso, pero al quedar suelto el último perno, una grúa funcionó automáticamente y elevó la plancha.

DeCart fue el primero en salir del tubo. Al fondo, en el cono, se divisaba el orificio por donde saldrían los gases inflamados, a temperaturas elevadísimas y con velocidades inimaginables. DeCart tiró de la mano de Charity.

La grúa puso la plancha en su sitio. DeCart consultó su indicador de atmósfera.

—Podemos quitarnos el casco —dijo.

Era un estorbo. Dejó el casco a un lado y se ajustó maquinalmente el

cinturón del que pendían algunas herramientas y la pistola. En uno de los bolsillos de la pernera llevaba el trozo de metal plano aconsejado por el ingeniero.

Trepando por una maraña de cables y tubos, salieron a una plataforma interior. Paso a paso, fueron ganando terreno en el interior del Carguero Seis. Al fin, llegaron a las inmediaciones de una esclusa.

Un hombre se acercaba con el casco espacial en las manos. *Boo-Boo* se quedó estupefacto al ver dos intrusos en la nave.

—Pero…

Los intrusos eran enemigos, dedujo inmediatamente, mientras buscaba con frenéticos movimientos su pistola. Al mismo tiempo, trataba de hacer funcionar el transmisor individual, para avisar al jefe.

Entonces se dio cuenta de que se lo había quitado, para ponerse el traje espacial. *Boo-Boo* perdió demasiado tiempo.

Aún así, consiguió sacar su pistola. Tampoco DeCart había sido mucho más rápido, porque el pesado indumento embarazaba sus movimientos, pero, no obstante, sabía que podía encontrarse con un adversario en cualquier momento.

Boo-Boo cayó. Un gesto de sorpresa se dibujó en su rostro.

—Tanto trabajo… ¿para qué? —murmuró.

Dobló la cabeza a un lado, escupió un poco de sangre y se quedó inmóvil.

Charity apartó la vista a un lado.

—Lo siento —murmuró DeCart.

Se arrodilló junto al caído. *Boo-Boo* había muerto.

Al cabo de unos instantes, se puso en pie.

—Sigamos —dijo.

Charity le siguió. Ascendieron a un nivel superior y recorrieron el pasillo que conducía a la cabina de mando.

DeCart se detuvo ante la entrada.

—No pases —dijo—. Las lucernas son muy grandes. Alguien podría verte y dar la alarma sin querer.

Ella hizo un gesto de asentimiento. DeCart se arrodilló de nuevo y presionó sobre dos puntos en el suelo. Sonó un leve chasquido. Una trampilla, de un metro de lado, giró hacia arriba inmediatamente.

Había una escalera que conducía al departamento inferior. DeCart bajó tres peldaños, encontró un interruptor y dio la luz. Luego terminó su descenso.

Al fondo, divisó una gran maleta, con la pared de cristal.

—¡Mírala! ¡Ahí está! —exclamó.

Charity vio la bomba y sintió un escalofrío.

* * *

—*Emily* está llegando —dijo Banffs—. Todos a la esclusa Cuatro Sur.

—Enterado —contestaron los secuestradores por turno.

McLean se despidió cortésmente del jefe Rosado.

—Lamento infinito las molestias que les hemos causado —sonrió.

Rosado se acarició la cabeza.

McLean soltó una risita y abandonó el despacho.

Jadson se disponía a salir también. De súbito, al mirar por última vez la pantalla, creyó adivinar la verdad.

—¡Jefe, la chica es un robot! —chilló—. Ella no está a bordo del cohete.

Banffs lanzó una maldición.

—Está bien, quizá no quiso subir. Monterrey es muy listo y puso un robot con sus facciones, programado para mover los labios solamente. Pero tenemos el cohete.

—¿Y el dinero?

—Si no está a bordo, Spaceville volará —dijo Banffs torvamente.

Antes de abandonar el despacho de Kao, llamó a Monterrey.

—Sabemos que hay un robot en el puesto de Charity Fisher. Si no encontramos el dinero a bordo, volaremos Spaceville. ¿Lo ha comprendido?

—El dinero está a bordo, eso sí que se lo garantizo —respondió Monterrey gravemente.

—Por su bien, espero que así sea.

Banffs echó a correr. Mientras buscaba el camino de la esclusa Cuatro Sur, llamó a Shirley:

—Chica, aún no has dicho nada. Deja la cafetería; nos vamos…

—Yo estoy muerta… —respondió Shirley con voz monocorde.

—No digas tonterías. Vámonos o te quedarás aquí.

—Estoy muerta…

Banffs maldijo entre dientes. La curación de Shirley era solamente temporal. Lo había conseguido a fuerza de habilidad, paciencia y drogas… pero en aquellos instantes, lamentó haber complicado a

Shirley en aquel negocio. No obstante, lo había hecho, temeroso de que cualquier otra joven no diese el resultado que esperaba. Había sabido aprovechar el odio de Shirley hacia su esposo en particular y los hombres en general. Era mejor idea que contratar a una profesional… y, en el último momento, ella le fallaba.

—Bueno, que se vaya al diablo —murmuró.

El *barman*, en la cafetería, se percató de la absoluta inmovilidad de la mujer. Discreta y cautelosamente, empezó a apartarse del mostrador.

—Yo estoy muerta… Estoy muerta… —repetía Shirley una y otra vez—. ¡Todos vamos a morir! —aulló súbitamente.

Y apretó el botón del transmisor de radio.

La señal fue enviada a la bomba.

* * *

DeCart se arrodilló frente a la bomba y contempló la pared de cristal que protegía los mecanismos. Se preguntó si habría alguna trampa que provocaría la detonación al romper el vidrio que, por otra parte, parecía bastante grueso.

Decidió no correr ningún riesgo. Se quitó los guantes espaciales y paseó las yemas de los dedos por los bordes del cajón en forma de maleta. De pronto, encontró unas presillas y las soltó con gran suavidad.

El vidrio cayó hacia él. Pudo sostenerlo con las manos y así evitar que se rompiera. A su lado, Charity exhaló un suspiro de alivio.

Durante unos segundos, DeCart contempló las dos mortíferas semiesferas que encerraban la potencia de veinte mil toneladas de trinitrotolueno. Había llevado consigo un mini contador Geiger y, al dar el contacto, la aguja se movió enloquecidamente.

Tenía que acabar cuanto antes. Permanecer demasiado tiempo en aquel lugar no era bueno, debido a la intensa radiactividad. La compañía armadora del Carguero Seis tendría luego buenos problemas para descontaminar el lugar.

Tenía algo que hacer primeramente. Sacó el trozo de plancha metálica que le habían aconsejado y buscó el mecanismo de disparo. Estaba hacia la derecha. Sí, allí veía el percutor, a muy poca distancia del pistón del cartucho de 40 mm.

Insertó la plancha. Súbitamente, se oyó un tenue chasquido. De alguna parte llegó una señal de radio y el mecanismo se disparó. Pero el percutor fue detenido por la plancha.

CAPÍTULO XI

En el gran hangar del lado Sur, Banffs movía la mano dando prisa a sus secuaces.

—Aprisa, aprisa… Todos al cohete; hay que sujetarse a los asientos… —Hablaba a través de la radio de los trajes espaciales—. Ya os quitaréis los cascos cuando hayamos zarpado.

Littino, Jadson y McLean saltaron al interior del cohete. El último se detuvo un instante.

—Faltan dos: la Chica y *Boo-Boo*.

—No esperaremos ya a nadie —contestó Banffs duramente—. He oído gritar a Shirley por la radio, no sé qué diablos le habrá pasado.

—La tensión ha sido excesiva —apuntó McLean.

—Seguramente. ¡Vamos, arriba!

McLean se coló de un salto a través de la escotilla. Banffs miró un instante hacia el fondo del gran hangar. Era una lástima que Shirley hubiese perdido el juicio por segunda vez. Pero los segundos estaban contados.

Cuando se cerraba la escotilla, Shirley parecía aturdida, completamente ausente de cuanto la rodeaba…

—No ha habido explosión… El me engañó…

De pronto, recordó la bolsa que pendía de su hombro. Sacó una de las bombas y la tiró contra la lucerna más próxima.

—¡Ja, ja, ja! —rio como una posesa—. Sí habrá explosión…

La bomba dio contra el vidrio y reventó fragorosamente. El aire escapó con indescriptible violencia. Shirley sintió que miles de dedos tiraban de ella hacia el exterior. Rio, completamente demente, hasta que su risa quedó congelada por el frío absoluto del espacio.

Los sistemas de alarma funcionaron instantáneamente y las puertas

de la cafetería se cerraron en menos de un segundo, evitando así pérdidas mayores de aire.

* * *

—¿Quién diablos ha disparado la señal? —masculló DeCart.

—Vamos, no pierdas ya más tiempo —le apremió Charity—. Estoy empezando a ponerme nerviosa…

DeCart cortó los cables. Ahora, la seguridad era total.

De pronto, divisó algo extraño en el fondo del cajón. Sacó un destornillador y levantó lo que resultó ser un falso fondo, de madera de chapa muy delgada.

Había allí un pedrusco plano, de unos doce o catorce centímetros de largo, por la mitad de ancho y unos tres de grueso. DeCart se puso los guantes nuevamente y agarró el pedrusco.

—Vámonos —dijo.

Abandonaron el compartimiento, subieron al corredor y pusieron la trampilla en su sitio. Inmediatamente, se dirigieron a la cabina de mando.

DeCart buscó frenéticamente el transmisor de radio. Segundos después, entraba en comunicación con Monterrey.

—Jefe, bomba inutilizada. Pero voy a decirle una cosa: fue el *bluff* más gigantesco que nadie puede imaginarse.

—¿Cómo? —gritó Monterrey.

De pronto, a través de los ventanales, DeCart divisó el cohete que salía lentamente hacia atrás.

—Los secuestradores se largan, jefe —informó.

—¿Podría seguirlos? Si la bomba es un farol…

—Aguarde un instante. Voy a ver si consigo ponerme en contacto con Banffs.

Pulsó otra tecla. Banffs respondió de inmediato.

—Hola. ¿Quién es?

—DeCart. Escuche, he desarmado la bomba. ¿Quién activó el mecanismo de disparo?

—Su esposa. Se volvió loca. Ha lanzado una bomba contra una de las lucernas.

—Banffs, yo ya no amaba a mi esposa, pero lo que hizo usted con ella…

—Oh, no me venga con cuentos lacrimógenos —contestó Banffs despectivamente—. Ella ha muerto y usted está libre. Oiga, ¿sabe que me gusta la idea del robot?

—A mí también me gusta su idea. La bomba era una engañifa.

Por primera vez en todo el tiempo, Banffs soltó una atronadora carcajada.

—Lo ha averiguado, ¿eh? Fue divertido… Todo el planeta pendiente de nosotros… Pero los cien millones están aquí…

Littino apareció en aquel instante, con dos enormes paquetes de dinero en ambas manos.

—¡Pasta, pasta… y no de macarrones! —aulló, ebrio de júbilo.

—Ray, siéntate o tú te convertirás en pasta —dijo Banffs severamente—. Te doy diez segundos exactos, ¿entendido?

Littino tiró los billetes y corrió a su asiento. Banffs volvió a hablar por la radio.

—DeCart, nos largamos. No intenten seguimos, no conseguirán damos alcance —dijo.

—Spaceville está salvada —contestó el joven con voz neutra.

—Sí, resultó un poco caro. Por cierto, ¿cómo les dejó *Boo-Boo* llegar hasta la bomba?

—Tuve que pegarle un tiro. Abordamos Carguero Seis por los tubos de emergencia. Le sorprendimos cuando ya iba a marcharse.

—Peor para él.

—Y mejor para nosotros —rio Littino—. Más «pasta»…

—¡Cierra el pico, idiota! —cortó Banffs malhumoradamente—. Bueno, Hugo, de verdad, resultó un placer luchar contra usted y derrotarlo. ¡Adiós!

El *Emily* había ido virando lentamente hasta que su proa quedó separada del paredón Sur de Spaceville. De repente, se encendieron los chorros propulsores.

—Van a doblar su velocidad —advirtió DeCart—. Generadores antigravedad y combustible químico.

El cohete se convirtió de pronto en una bala que hendía el espacio con velocidades inconmensurables. Desde la cabina, DeCart y Charity contemplaron durante unos segundos aquella chispa roja. Luego, la nave desapareció de sus ojos.

—Hemos de volver a la Tierra —dijo.

Charity puso una mano sobre su brazo.

—Siento lo de Shirley —murmuró.

DeCart palmeó suavemente la mano de la muchacha.

—Quizá, para ella, ha sido mejor —contestó.

Durante unos segundos, contempló el inmenso cajón de acero que era Spaceville. En la «terraza» superior, los gigantescos espejos parabólicos, constantemente orientados hacia el Sol, absorbían energía de forma incesante, asegurando así el suministro de los elementos vitales para la existencia a los habitantes de la ciudad. Pasadas las horas de tensión, Spaceville volvía a la normalidad.

La inmensa mayoría de sus habitantes, pensó DeCart, no se habrían enterado de lo sucedido. Conocerían la noticia de varios accidentes, pero eso sería todo. Los equipos de reparación habrían empezado ya a actuar. El ingeniero Vernon se ocuparía de que Spaceville tuviese de nuevo su gravedad habitual. Pronto empezaría el control a lanzar llamadas y emitir órdenes para las naves que iban y venían desde la Tierra.

Y allá, en las profundidades del espacio, cuatro forajidos huían con el mayor botín de la historia.

¿Adónde se dirigían?

DeCart creyó presentirlo, pero guardó silencio.

No quería causar preocupaciones a Charity.

* * *

El cohete descendía con demasiada rapidez.

—¡Frena, por todos los diablos! —gritó Littino.

Jadson se agarró con ambas manos a los brazos de su sillón. El viaje había sido rapidísimo. Pero no se había conseguido velocidad sin consumir algo muy valioso.

—No queda una gota de combustible y las baterías están a punto de agotarse —dijo Banffs.

La superficie de Fisherwood se acercaba rápidamente. Banffs se dio cuenta de que iban a posarse en uno de los extremos.

Bueno, no tenía importancia. El asteroide era grande y tenían provisiones de sobra, hasta llegar a la zona donde debían instalarse. La Unión de Gobiernos de la Tierra carecía de autoridad en Fisherwood.

Divulgarían la noticia entre los mineros del espacio. Las naves acudirían a comerciar. Acabarían por monopolizar todo el tráfico. Pagarían mejores precios… pero, a la larga, no habría un solo gramo de

cualquier metal que no pasara por sus manos.

El choque contra Fisherwood fue menos violento de lo que esperaban. Aun así, el cohete se tumbó lentamente hacia un costado. Se oyeron ruidos de rotura por algunos sitios.

—¡Todos fuera! —gritó Banffs—. Luego haremos evaluación de daños. Hay que sacar algo de comida y agua.

—¿Y el dinero? —preguntó Littino.

—Por el momento, puede quedarse aquí. Los billetes pesan una tonelada, no lo olvides.

—Y no hay quien pueda quitárnoslo —rio Jadson.

McLean abrió la escotilla. Bajo la proa del cohete, cuya popa estaba orientada hacia el centro de Fisherwood, se divisaba una grieta en el suelo.

Saltó al otro lado de la grieta, ya que la escotilla quedaba justo a pocos centímetros de distancia, hacia la parte exterior del asteroide. Jadson le siguió a continuación. Littino se apeó, cargado con una bolsa de provisiones.

En la escotilla, Banffs, tremendamente satisfecho, contempló el asteroide, que se perdía de vista hacia el Sudoeste. Saltó al suelo y, en el mismo instante, se oyó un tremendo crujido.

Littino, sorprendido, rodó por el suelo.

—¿Qué pasa? —gritó.

El suelo temblaba. Los crujidos eran horrorosos.

De pronto, el trozo de asteroide en que se hallaban, salió disparado hacia el espacio. McLean, Banffs, Jadson y Littino vieron que el cohete quedaba en el trozo mayor del asteroide. El fragmento de roca en que se hallaban, empezó a dar vueltas lentamente en el espacio.

Caído en el suelo, Banffs se agarró con ambas manos a un pedrusco. Un grueso cordón de vapor blanquecino se estiraba entre el asteroide y el trozo desgajado por alguna convulsión interna. Aquel cordón blanquecino, lo adivinó muy pronto, era la atmósfera que perdían con gran rapidez, atraída por la masa infinitamente superior de Fisherwood.

La temperatura bajó rápidamente. Banffs apoyó la frente en el suelo.

El frío del espacio empezó a apoderarse de su cuerpo. Ahora, pensó amargamente, no serían más que cuatro cadáveres que vagarían eternamente por el universo, congelados sobre un trozo de roca fría y sin vida.

En su granja, Edgar Harriman Fisher estudió los instrumentos y llegó a una conclusión.

—El promontorio se hallaba en una situación inestable. Algún choque, por pequeño que haya sido, hizo que se desgajase del asteroide. Pero ya no habrá más pérdidas de masa. Fisherwood puede permitirse el lujo de perder unos cientos de toneladas, sin que le suceda nada.

* * *

La documentación, la pistola y una placa quedaron sobre la mesa de Monterrey.

—Conque te marchas —dijo el jefe.

—¿Lo previo la computadora? —preguntó DeCart sarcásticamente—. No, ¿verdad? Ni siquiera supo dar la respuesta acerca de dónde podían haberse robado doce kilos de plutonio… porque no se robaron en ninguna parte. Aquellas semiesferas eran de plomo vulgar y lo que activaba el contador Geiger era un simple trozó de mineral de uranio, tan inofensivo en su estado natural como una pluma de gorrión.

—Bueno, pero no me negarás que el truco era muy ingenioso… Engañó a todo el mundo, empezando por Vernon…

—Eso es lo que ellos querían, a fin de cuentas. Pero murieron veintitantas personas, sin contar mi esposa.

—Fue algo muy desagradable, en efecto —convino Monterrey—. Sin embargo, ya han pagado sus crímenes. Murieron de muy mala manera.

—Jefe, corte las alas a la supercomputadora. No deje que domine nuestras vidas. El hombre debe ser libre y no actuar al dictado de una máquina.

—Es tan útil…

—Pero terriblemente agobiadora. Es algo inhumano, que nos vigila las veinticuatro horas del día. Proporciona muchos beneficios, es cierto, pero los perjuicios pueden ser mayores un día si no se sabe cómo liberarse de su incesante supervisión. Lo malo es que, además, tiene fallos, y eso es horrible, porque podemos confiar demasiado en ella y acabar en una catástrofe… Supo detectar a los cómplices de Banffs, pero no avisar a tiempo del secuestro… En fin, es cosa suya. Yo sólo digo: ¡Ahí queda eso!

—¿Adónde vas, Hugo?

—¿No se lo imagina? —sonrió DeCart—. ¿Por qué no se lo pregunta a la computadora?

—Sí, me lo imagino. —Monterrey sonrió tristemente—. Podrías ayudarme tanto… Rodríguez ha conseguido se suspenda el proyecto de

Spaceville II. Los fondos que iban a gastarse en la segunda ciudad del espacio, se emplearán en una colonia marciana, que podrá albergar un millón de habitantes y…

DeCart agitó una mano.

—¡Adiós, jefe!

* * *

La nave se detuvo al borde de los campos que amarilleaban bajo un sol radiante. DeCart saltó al suelo, seguido por dos cachorros de pointer, que empezaron a corretear inmediatamente por el prado de verde hierba que había delante de los edificios.

Una hermosa muchacha apareció en la puerta de la casa. Charity vio al recién llegado y agitó alegremente su mano.

—¡Hugo!

DeCart sonrió. Silbó a los cachorros y éstos le siguieron alegremente. Cuando llegaron junto a la muchacha, empezaron a saltar a su alrededor.

—Son preciosos —dijo ella—. ¿Cómo se te ha ocurrido la idea?

—Es que he venido a pedir trabajo en Fisherwood… —respondió DeCart—. Me pareció que debía contribuir con algo…

Charity le miró intensamente.

—De modo que has venido a pedir trabajo —dijo.

—Soy fuerte y puedo guiar un tractor, una segadora, cavar la tierra, podar los árboles… y encender el horno para el pan.

—Segaremos la semana próxima. En seguida haremos la molienda.

DeCart se rascó la cabeza.

—Charity… vosotros tenéis videófono…

—Claro…

—Conozco a un juez, buen amigo mío. Estaría dispuesto a casarnos por televisión. Es decir, si tú quieres…

Charity alargó una mano hacia el joven.

—Vamos a llamar a tu amigo —dijo.

FIN